

Jazmín®

Hechizo de luna

Renee Roszel

Hechizo de luna

Quizá Roth Jerric fuera increíblemente guapo, pero era su jefe, por lo que Hannah Hudson no quería ni acercarse a él. Pasar unos días en aquel hotel era un sueño hecho realidad, pero cuando descubrió que iba a tener que compartir habitación con Roth, supo que iba a resultarle difícil relajarse.

Ahora que ya no trabajaban juntos, Roth no comprendía por qué se llevaban peor que nunca y había tanta tensión entre ellos. Estaba demasiado desencantado con las mujeres como para buscar un nuevo romance. Pero, por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en Hannah...

Se había ido de vacaciones... con su jefe.

CAPÍTULO 1

HANNAH se encontró sonriendo por primera vez en varias semanas. La luna colgaba en el cielo, centrada en el hueco de una ventana de medio punto, entre las ruinas de una vieja iglesia de piedra. Desde su sitio, sobre un banco del jardín, Hannah miraba, transfigurada, el improbable globo enmarcado en la abertura que una vez contuvo un cristal emplomado.

El espectáculo era más impresionante porque era la segunda vez que había luna llena ese mes.

-Una luna azul -murmuró, preguntándose cuánta gente habría visto aquella imagen tan hermosa desde la misma perspectiva.

Se alegraba de que la propietaria del hotel la hubiese invitado a ir. El jardín, lleno de flores silvestres, silencioso, añadía un toque mágico al ambiente. Y, por un momento, Hannah se olvidó de todos sus problemas. 0, al menos, no se sintió completamente desmoralizada como durante todo aquel mes, desde que dejó su trabajo.

Entonces suspiró, inquieta por la profunda tristeza que oía en su voz.

Pero ¿cómo iba a sentirse después de descubrir que su vida era una broma?

¿Cómo podía haber dejado que Milo Brisco la convirtiera en una marioneta? Creyéndose enamorada del seductor abogado, había dejado que la convenciera para teñirse el pelo rubio ceniza por un rubio platino estilo Marilyn Monroe y para que cambiara sus rizos naturales por una melena lisa que tardaba una hora en lograr cada mañana con el secador.

Por no hablar de cómo la había persuadido para que cambiara los respetables trajes de chaqueta por vestidos de corte sexy y moderno que él mismo elegía.

¿Cómo podía haber estado tan ciega?, se preguntaba a sí misma. Ella creía tener más personalidad.

Evidentemente, estaba equivocada.

Dos años antes, tras el divorcio de sus padres, se había convertido en una mujer independiente que no necesitaba un hombre para salir adelante en la vida. La fea separación de sus padres le había enseñado eso al menos: ella no sería una esposa florero como lo había sido su madre. Después del divorcio, Dorothy Hudson se había quedado sola, deprimida, reducida a ganarse la vida como cocinera en una hamburguesería.

Y tampoco pensaba ser una tonta como Cindy, la nueva novia de su padre, que apenas tenía veinte años. La mema tenía seis años

menos que ella.

Decidida a no ser una Dorothy ni una Cindy, Hannah había redoblado sus esfuerzos para conseguir una sólida carrera profesional.

Y entonces, cuatro meses antes, se había enamorado de Milo Brisco.

-El asqueroso ese -murmuró para sí misma.

El primer golpe llegó de repente, cuando lo oyó jactarse con los compañeros de la oficina sobre la «ingeniosa» transformación a la que la había so metido:

-Roth y yo nos reímos mucho por cómo he transformado a una ejecutiva mediocre en un bomboncito.

¡Un bomboncito! ¿Habría un adjetivo más brutalmente sexista?, se preguntó Hannah, furiosa al recordarlo.

El segundo golpe, mucho más doloroso, fue el adjetivo «mediocre». Ese adjetivo le rompía el corazón cada vez que lo recordaba. Ella había trabajado mucho para llegar donde estaba y sabía que se ganaba el salario.

Dirigir el departamento financiero de Jerric Oil no era fácil, y no sólo por el trabajo y los problemas diarios, sino por los mezquinos celos de algunos subordinados. Pero ella lo hacía bien.

Oír a aquel hombre diciendo que era una «ejecutiva mediocre».., un hombre que, supuestamente, la quería, le resultó humillante e intolerable. Durante cinco años se había dejado los ojos trabajando para Jerric Oil, pero claramente trabajar duro no era suficiente.

-¡Y Roth se reía! -exclamó, incrédula.

Roth Jerric, el presidente de Jerric Oil, se había reído. Ella siempre había encontrado al carismático propietario de la empresa inteligente y atractivo y sentía un gran respeto por él. Sin embargo, pensaba que era una ejecutiva mediocre. 0, al menos, se había reído de la bromita de Milo, como dándole la razón.

Esa noche, dando vueltas y vueltas en la cama, Hannah se dio cuenta de que intentar demostrar que no era mediocre sería una tarea imposible. Al fin y al cabo, había hecho todo lo que estaba en su mano. Y para el presidente de la empresa, eso parecía ser cosa de risa. Por eso, desilusionada, a la mañana siguiente presentó una carta de renuncia.

Y ahora, con los ahorros temblando, necesitaba un trabajo. Pero más que eso necesitaba demostrarse a sí misma que no era una ejecutiva mediocre. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Y si de verdad era mediocre y nunca podía ser otra cosa?

¡No!, se dijo a sí misma. «Hannah Hudson, tú no eres una

ejecutiva mediocre». Había cometido un error con Milo, desde luego. Pero un error comprensible porque él estaba decidido a conquistarla.

-Te lo demostraré, Milo. Y a ti también, Roth Jerric.

-¿Perdón?

La voz masculina hizo que Hannah levantara la cabeza, sorprendida y un poco asustada. El hombre apareció entonces a su lado, iluminado por la luz de la luna.

Y Hannah lo reconoció de inmediato.

Esas facciones tan masculinas, como esculpidas con un cincel, siempre le habían parecido tremendamente sensuales, pero el efecto de luz y sombra las transformaba, les daba una simetría, una fuerza, que la dejó sin aliento.

También conocía bien esos ojos, tan profundos, tan indescifrables en la semioscuridad del jardín. Pero ella sabía que eran de color azul cielo. Y la anchura de sus hombros, el pelo negro... Lo que no sabía era por qué el destino había decidido gastarle esa broma tan cruel.

¿Por qué estaba Roth Jerric, precisamente él entre todos los hombres, en aquella abadía abandonada justo cuando ella acababa de pronunciar su nombre?

-¿Qué hace aquí? -preguntó cuando pudo encontrar su voz.

Él pareció sorprendido por el tono de la pregunta. Seguramente, no estaba acostumbrado a ser persona non grata.

-Paseando -contestó con el ceño arrugado.

La luz de la luna le daba un aura casi de estatua griega. Quizá porque era muy alto o porque llevaba una camisa blanca y pantalones claros, pero el efecto era inquietante. Y el pulso de Hannah se aceleró.

¿Por qué? ¿Por qué se le aceleraba el pulso por un hombre que se había reído cuando Milo la llamó «mediocre»? Era justo lo que necesitaba, encontrarse allí con aquel sinvergüenza.

-He venido aquí para estar sola. Para pensar.

Eso no era cierto del todo. Había ido allí para estar sola, desde luego. Pero no quería pensar. Quería olvidarse de todo. Respirar profundamente e intentar encontrar un poco de paz.

-Yo también. No la había visto.

-¿Ah, sí? Qué raro.

-Si le ha molestado que no la viera, lo siento, señorita. Iba perdido en mis pensamientos.

«Señorita». La había llamado «señorita». ¿Por qué? La conocía lo suficiente como para reírse de ella.

-Fingir que no me conoce es insultante -dijo Hannah entonces, levantándose.

El pareció sorprendido.

-¿Nos conocemos? La verdad es que me suena su cara.

Hannah se cruzó de brazos.

-He trabajado para usted durante casi cinco años, los últimos seis meses como su directora financiera.

«Según usted, soy una ejecutiva mediocre». Pero eso no lo dijo.

Él arrugó el ceño, como intentando recordar dónde había visto su cara... Y eso la desconcertó. De verdad parecía no conocerla.

-Soy el bomboncito -dijo por fin, irónica.

-¿El bomb...? Ah, ya.

Ese «ah, ya» fue como un jarro de agua fría. Se sentía enferma, especialmente al darse cuenta que de verdad no la había reconocido. Había cambiado el pelo rubio platino por un rubio más discreto, más cortoo y con sus rizos naturales.

Además, llevaba vaqueros y una camiseta, y no los vestidos ajustados que Milo solía comprarle.

-Me llamo Hannah Hudson y he sido su directora financiera hasta el mes de mayo, cuando presenté mi renuncia.

-Sí, claro, señorita Hudson. Me acuerdo de usted. Nos hemos visto en varias reuniones.

-Sólo un par de veces. En general, quien presentaba los informes era el director general.

-Tiene usted un aspecto... diferente.

-Ya, claro, es que ahora soy de B.A.

-¿Cómo?

-Bomboncitos Anónimos -replicó Hannah.

El sonrió, como si el sarcasmo le pareciera muy divertido.

-Perdone que no la haya reconocido -dijo, ofreciéndole su mano-. Pero yo estaba en desventaja. Su rostro está en sombras.

Hannah no se molestó en estrechar la mano que le ofrecía.

-No se alojará aquí, ¿verdad?

Esperaba con toda su alma que la respuesta Lucra no. Cuando ganó una estancia de dos semanas en el hotelito de Granel Lake en el norte de Oklahoma se sintió eufórica. Necesitaba alejarse de Jerric Oil y de la ciudad de Oklahoma para recuperar la confianza en sí misma. Deseaba relajarse, pensar en lo que quería hacer en el futuro...

Que Roth Jerric se alojara en el mismo hotel, además de una casualidad inaudita, sólo serviría para recordarle por qué estaba allí.

-Pues sí, me alojo aquí, señorita Hudson. ¿Y sabe una cosa? Esa pregunta, formulada en ese tono, puede ser muy dura para el ego de un hombre.

-¿Cuánto tiempo?

-¿Cuánto tiempo sufrirá mi ego?

¿Estaba intentando volverla loca?

-No, estoy preguntado cuánto tiempo estará aquí.

-Un par de semanas.

Una noticia horrible. La peor.

-Oh, no. Yo también voy a estar aquí dos semanas.

-Vaya.

-Molesta que alguien no te encuentre estupendo, ¿verdad? Pues intente verlo desde mi punto de vista. Estoy segura de que entenderá que no me haga ninguna gracia verlo por aquí.

-La verdad es que no -contestó él con cierta impaciencia.

-Estoy aquí para alejarme de... de todo lo que me recuerde a... bueno, ya sabe.

-No, señorita Hudson, no lo sé.

-Por favor... Usted sabe por qué tuve que irme de Jerric Oil.

-Supongo que le ofrecieron algo mejor.

-¿Eso es lo que cree? -exclamó Hannah-. Pues se equivoca.

El no dijo nada y se quedaron en silencio durante unos segundos. La brisa movía las flores del viejo jardín, que parecían inclinarse para cotillear en voz baja.

-Entonces, ¿por qué...?

-No se atreva a preguntarme por qué -lo interrumpió ella.

-Pero usted parece disgustada y yo no...

-Si no le importa, no tengo intención de ponerme a charlar.

La brisa volvió a mover las flores silvestres, que se agachaban y levantaban como personajes en un escenario. Después de unos segundos, Roth Jerric se aclaró la garganta:

-Entonces, si me disculpa...

Hannah apartó la mirada. No pensaba decir ni mú.

-Ha sido fascinante encontrarme con usted, señorita Hudson -dijo Roth entonces, irónico.

-Pues para que lo sepa, yo no soy el bomboncito de nadie y oír a Milo reírse de mí en la oficina y saber que otros estaban de acuerdo... -le habría gustado decir «usted, por ejemplo», pero no lo hizo-. Eso fue lo que me hizo abandonar la empresa.

Roth, que se había dado la vuelta, se giró hacia ella. Por un momento pareció sorprendido, y luego... luego empezó a reírse.

Estaba riéndose.

Estaba riéndose de ella.

¡Otra vez!

Muy bien, pues si quería guerra iba a tenerla.

-¡Tiene usted un sentido del humor muy retorcido, señor Jerric!

-Lo dirá de broma.

-¿Cómo que de broma?

-Sí, de broma -contestó él, divertido.

Aquello era increíble.

-En absoluto. Evidentemente, para usted mi humillación es cosa de risa. Pues, ¿sabe una cosa? Lo que usted piense de mí me importa un bledo. ¡Márchese y déjeme en paz!

Vio que apretaba los labios, furioso, pero después de hacer un gesto de saludo con la cabeza, desapareció por el camino.

Unos minutos después, Hannah había conseguido calmarse un poco. Encontrarse allí con Roth Jerric... Increíble.

Entonces levantó la mirada hacia la ventana de medio punto en el viejo muro de piedra. La luna ya no colgaba en el centro sino que estaba en una esquina, torcida. Como se sentía ella.

Luego volvió a mirar hacia el hotel. En la distancia podía ver a Roth desapareciendo por el camino...

Hannah cerró los ojos, respirando profundamente.

-Muy bien, chica. Tienes que alejarte de... «De ese miserable de Roth Jerric».

Roth se alejó sintiéndose como un imbécil. Por supuesto, ya se sentía así cuando empezó a pasear, pero el breve encuentro con aquella chica lo había dejado no sólo molesto, sino también confuso.

No había que ser muy listo para darse cuenta de que lo odiaba... pero no podía imaginar por qué. Habían hablado en un par de ocasiones en la oficina, pero él nunca había dicho nada que pudiera molestarla y mucho menos que pudiera provocar su renuncia.

Y, desde luego, jamás se había reído de ella. No podía creer que hubiese dejado su trabajo por algo que Milo había dicho. Milo era un abogado muy competente, pero como persona le parecía un patán. Y si la señorita Hudson le hubiera dado oportunidad, se lo habría dicho. Pero, evidentemente, ella no quería ni verlo.

-Déjalo, Jerric -murmuró para sí mismo mientras entraba en el hotel-. Tú tienes tus propios problemas.

El porche había cambiado un poco. Ya no era como lo recordaba de pequeño, cuando aquélla era la casa de su familia. Pero la

mosquitera crujía como antes.

La puerta de roble macizo era la misma. Roth la reconoció, incluso pintada de blanco. Aunque le parecía más pequeña que cuando él vivía allí. Era lógico, ya que tenía diez años cuando su familia se mudó a aquella casa, originalmente la rectoría de la vieja iglesia, que se quemó en 1919.

La casa tenía más de un siglo, pero estaba bien construida y tenía unos cimientos sólidos. Desde que dejó de ser la rectoría había sido muchas cosas. Cuando Roth vivía allí, por ejemplo, era una granja de pollos.

Cuando su padre murió, su madre se los llevó a su hermana Grace y a él a la ciudad de Oklahoma, donde encontró un trabajo como secretaria. Roth nunca había vuelto a la antigua casa familiar hasta aquel día, cuando tomó la repentina decisión de alejarse de la vida en la ciudad y volver a sus raíces. No podía seguir evitando la lucha interna que se libraba en su corazón y que estaba comiéndoselo por dentro.

Estaba desilusionado, sufriendo el conflicto entre sus aspiraciones y la realidad de la vida. Aunque todo el mundo lo veía como un hombre de éxito, no era feliz.

La desilusión había empezado con el fracaso de su matrimonio y la muerte de su hijo de un mes, Colin. Poco después de su muerte, el matrimonio se vino abajo. Eso había ocurrido seis años antes. Desde entonces había cerrado su corazón, dedicándose por entero al trabajo.

Seguramente para sus colegas era el chico de oro, envidiable por su dinero y por ser un soltero millonario. Pero la verdad era que estaba en crisis.

Así que, en un momento de nostalgia, había buscado la casa familiar, ahora convertida en el hotel La Luna Azul. Esperaba encontrarse a sí mismo allí, reencontrarse con un tiempo en el que había sido feliz, antes de que la vida se convirtiera en una serie de negociaciones, estrés, desilusión y tristeza.

Roth se apoyó en la puerta, agotado. Siempre había conseguido lo que quería. Sin embargo, fuera culpa suya o no, había perdido lo que le era más querido: su esposa y su hijo. Todo lo demás, el dinero, el poder, la influencia, palidecía en comparación.

Había ido al hotel La Luna Azul para recuperar la alegría de la infancia y eso era lo que pensaba hacer, pensó entonces, irguiéndose. Ya estaba bien de recordar penas, se dijo, empujando la puerta.

La brillante luz del vestíbulo dejó al descubierto los gastados

suelos de madera, las viejas alfombras persas y los cuadros, que necesitaban urgentemente una limpieza. Había otros cuadros que él no recordaba en las paredes, algunos buenos, otros, en su opinión, auténticas monstruosidades.

El hotel La Luna Azul no era el hotel de cinco estrellas al que él estaba acostumbrado, pero no estaba allí para pasar unas vacaciones de lujo con alguna de sus novias. Aquél era su hogar, allí había estado su corazón antes de que se lo rompieran. No sabía si lo que esperaba sería posible, pero pensaba pasar esas dos semanas intentando encontrar de nuevo la alegría de vivir.

-Buenas noches, señor... -lo saludó la propietaria.

-Jerric, Roth Jerric -sonrió él.

La anciana se acercó a él seguida de un chucho gris poco más grande que un gato.

-Sí, sí, es verdad. Pensé que se había ido a la cama.

El salón del que había salido la mujer tenía una lámpara de pantalla amarilla que había visto días mejores. En general, la casa entera había visto días mejores.

-Buenas noches, señora Peterson -murmuró Roth, mirando el reloj-. ¿Qué hace levantada tan tarde?

-Hay muchas cosas que hacer, señor Johnson.

-Jerric -la corrigió él.

-Ah, sí, sí, es verdad.

La señora Peterson, una mujer de poco más de metro y medio, con un vestido verde y un mandil blanco, lo miró con la cabeza inclinada.

-¿Estaba usted fuera?

-Sí. ¿Por qué?

-No, por nada. ¿Se ha encontrado con una chica en el jardín? ¿En las ruinas de la iglesia quizá?

-Pues sí...

-No me diga que estaba sentada en el banco de piedra.

-Sí, pero...

-No se ha acercado usted a ella, ¿verdad? -preguntó la señora Peterson con gesto de horror.

Qué pregunta tan extraña.

-Pues sí. He hablado con ella un momento...

-Oh, no -la mujer se llevó las dos manos al pecho-. ¿Ha estado con ella bajo la luna, en las ruinas de la iglesia?

-Pues sí, ¿por qué?

-¡Oh, no! -volvió a exclamar la anciana-. Todo mi trabajo, mis planes, arruinados.

-¿Le importaría decirme qué hay de malo en que haya hablado con esa chica?

-¿Qué hay de malo? ¡Todo! Ahora usted... y ella... ¡Ay, todo ha salido fatal! -suspiró la señora Peterson, sacando un pañuelo del bolsillo.

-¿Qué ha salido mal? -preguntó Roth, atónito.

-Siento mucho lo que ha hecho, señor Johnson.

-Jerric -volvió a corregirla él, un poco fastidiado-. Roth Jerric.

-Sí, sí, bueno... Perdóneme, es que soy una vieja que soñaba tontamente hacer que dos personas solitarias conectasen. Y... bueno, ahora todos mis esfuerzos se han venido abajo. No ha sido culpa suya. Usted no sabía nada.

-¿No sabía qué? -exclamó Roth.

¿Qué podía haber hecho para que aquella mujer se pusiera a llorar? Desde luego, no era su día, pensó.

-Usted no sabía... sobre la luna azul y sobre... -la anciana sacudió la cabeza-. Supongo que la encontró encantadora.

Eso lo sorprendió sobremanera. Pensó decirle que Hannah Hudson era una chica muy guapa... aunque no precisamente simpática, pero decidió que sería mejor mantener la boca cerrada.

-¿Por qué dice eso?

-Porque tiene que ser así. El destino lo ha querido, amigo.

Roth no sabía de qué demonios estaba hablando e iba a preguntar, pero la mujer siguió:

-Cuando llegue el comisario, ¿le importaría decirle que ya es demasiado tarde?

-¿El comisario? -Roth se sentía como si hubiera entrado en la zona crepuscular-. ¿Demasiado tarde para qué?

-Para ellos -suspiró la señora Peterson-. Debería haber, venido hace una hora. Cuando venga, dígale que llega demasiado tarde. Se llama Deacon Vance. Un hombre encantador, viudo con sólo treinta y cinco años. Una pena. Pero ¿quién soy yo para cuestionar el destino? Buenas noches, señor Johnson.

Y se alejó por el pasillo con su perro gris, dejando a Roth boquiabierto.

¿Qué habría querido decir con lo del destino, con lo de que el comisario llegaba demasiado tarde...? ¿Para qué? ¿Y por qué lo había estropeado él todo hablando con la menos que simpática señorita Hudson?

-¿Se puede saber qué pasa aquí? -murmuró para sí mismo.

Unos segundos después oyó el ruido de una puerta. Aparentemente, su anfitriona se había encerrado en su habitación.

Entonces sonó un timbre y Roth dio un respingo. Pero sólo era el teléfono. ¿Por qué estaba tan nervioso? Su estancia en el hotel no parecía ayudarlo en absoluto. Pero como estaba solo y la señora Peterson no parecía tener intención de salir, se acercó al mostrador para contestar.

-¿Dígame?

-¿Quién es? -preguntó una voz masculina al otro lado.

-Esto es el hotel La Luna Azul -suspiró Roth, casi riendo de la absurda situación.

-¿Con quién hablo?

-¿Y yo? -replicó él, un poco irritado.

-El comisario Deacon Vance. ¿Quién es usted?

-Ah, el comisario. Soy Roth Jerric, un cliente del hotel. La señora Peterson se ha ido a la cama. Me ha pedido que le dijera que llega usted tarde. Supongo que lo que quería decir es que ya no tiene que venir.

-¿Demasiado tarde?

Roth sintió cierto alivio al ver que el comisario tampoco lo entendía.

-Eso es lo que dijo... junto con otras cosas sobre el destino. Si quiere que le diga la verdad... ¿la señora Peterson tiene un problema con la bebida?

Al otro lado del hilo hubo una sonora carcajada.

-No, lo que ocurre es que le gusta hacer de casamentera. Dígame, Jerric, ¿hay alguna cliente joven y atractiva en el hotel?

Roth pensó en Hannah Hudson, en su pelo rubio, en su cuerpo delgado... Recordaba, aunque no los había visto esa noche, que tenía los ojos grises. La primera vez que se encontraron fue en un ascensor y se había sentido tan sorprendido por la extraña belleza de sus ojos que se le había quedado la mente en blanco. Eso era algo que no solía ocurrirle, por eso lo recordaba. Y su sonrisa. También se acordaba de eso... una sonrisa singularmente dulce. Cada vez que Hannah Hudson sonreía tenía la impresión de que le llegaba al alma.

Esa noche no había sonreído. Al contrario. Pero para contestar a la pregunta del comisario, era muy atractiva, incluso enfadada.

-Sí, hay una mujer muy atractiva en el hotel.

-Ajá.

-¿Qué significa eso?

-Que Joan Peterson está haciendo de las suyas otra vez -suspiró el comisario-. Me ha llamado para decir que había alguien merodeando por el hotel. Para que fuese de inmediato, claro. Mire,

dígale que estoy de servicio y que no puedo ir. Que siento mucho lo de la luna azul.

-Muy bien -Roth no entendió bien la última frase-. ¿Qué es eso de la...?

Demasiado tarde. El comisario ya había colgado. ¿Qué habría querido decir con eso de que sentía mucho lo de la luna azul?

-¿Es que aquí todo el mundo está pirado? -murmuró para sí mismo.

Atónito y más que enfadado, colgó el teléfono. Había ido al hotel para encontrarse a sí mismo, para recuperar la ilusión de vivir.

Y por el momento, sólo había conseguido enfadar a dos mujeres.

CAPÍTULO 2

LA PROMESA que Hannah se había hecho de mantener las distancias con Roth Jerric no fue tan fácil de cumplir como había esperado... considerando que compartían cuarto de baño.

La tarde que llegó, la idea de compartir baño con un extraño le había parecido alarmante. Imaginaba a una pareja de ancianitos que se retirarían pronto o una pareja de recién casados que no saldrían de la habitación... o algún fanático del deporte que estaría todo el día corriendo o haciendo excursiones.

Ni en su peor pesadilla podría haber imaginado que iba a tener que compartir el baño con Roth Jerric, su ex jefe.

Sus problemas empezaron cuando volvió del jardín, dispuesta a darse un baño caliente. Cuando iba a entrar en el baño, oyó que estaba abierto el grifo de la ducha. «Maldición». ¿Por qué no se había duchado mientras ella estaba fuera?

Aunque prefería pensar que Roth y ella no tenían nada en común, a la mañana siguiente descubrió que tenían idénticas costumbres e idénticos horarios.

Acababa de entrar en el baño cuando oyó un golpecito en la puerta. Nunca en su vida el simple hecho de darse un baño le había causado tanta ansiedad. Y se quedó ahí parada, desnuda, a punto de meterse en la antigua bañera de hierro.

-¿Qué?

-¿Ha terminado?

-No -contestó Hannah-. Tardaré al menos quince minutos.

-¿Le importaría si entro a buscar mi máquina de afeitar?

-Me importaría mucho. No estoy... visible. Al otro lado de la puerta hubo un silencio.

-¿Podría ponerse visible? Sólo tardaré un segundo.

-Vamos a tener que establecer un horario para usar el baño -replicó Hannah.

-Buena idea. ¿Eso es un sí o un no?

-¿Un sí o un no a qué?

-Sobre lo de entrar a buscar mi máquina de afeitar.

A Hannah le habría gustado decirle exactamente lo que podía hacer con su máquina de afeitar, pero decidió no discutir.

-Espere un momento.

Abrió la puerta que daba al dormitorio de Roth, se metió en la bañera y cerró la cortina.

-¡Ya puede pasar!

-Gracias.

-bese prisa -dijo Hannah, envuelta en la cortina verde. Pero a

través de ella podía ver...

-¡No está usted decente!

-¿Cómo que no? -exclamó Roth, abriendo los brazos.

Desgraciadamente, al hacerlo Hannah pudo ver unos pectorales de escándalo y un estómago absolutamente plano. Llevaba una toalla en la cintura que apenas le cubría... lo más esencial.

-Bueno, está usted minúsculamente decente.

-Señorita Hudson, a los hombres no les gusta que se refieran a ellos con el adjetivo «minúsculo». En ninguna circunstancia.

-Mire, sus inseguridades masculinas no son cosa mía -contestó Hannah, sacando una mano por la cortina para señalar la toalla-. ¿Qué es eso, un pañuelo?

-Muy graciosa. Y le recuerdo que está usted envuelta en plástico.

-Ésa no es la cuestión.

-Claro que es la cuestión. ¿Ésa es su idea de estar decente?

-Al menos, yo estoy tapada.

-Sí, eso es verdad -asintió él, cruzándose de brazos y mostrando unos bíceps en los que a Hannah le gustaría no haberse fijado-. Pero hay un fallo en esa aseveración.

-¿Ah, sí? ¿Cuál?

-Que la cortina es transparente.

¿Podía ver a través del plástico?

-¡Ay, Dios mío! ¡Salga de aquí ahora mismo! -gritó Hannah, pegándose a la pared.

-Un momento, enseguida me voy -dijo Roth, inclinándose para sacar algo del cajón del mueble-. Cuando termine, dé un golpecito en la puerta.

-¡Salga de aquí! -chilló Hannah.

Nunca podría volver a mirarlo a la cara. Aunque sólo habían sido unos segundos, le pareció una eternidad hasta que salió del baño. Avergonzada, se sentó en la fría bañera de hierro. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo podía haberse envuelto en plástico, como si fuera un filete?

Había algo muy siniestro en Roth Jerric, pensó. Algo que hacía que las mujeres se pusieran nerviosas cuando entraba en una habitación. Y fuera lo que fuera, ella estaba completamente avergonzada. El fiasco era casi tan horrible como haber sido llamada «ejecutiva mediocre».

-No, esto es peor, Hannah. Ahora cree que eres idiota.

La promesa de evitar a Roth a toda costa recibió otro golpe durante el desayuno, cuando descubrió que estaría sentada a su lado. Al menos así no tendría que mirarlo, pensó para darse ánimos.

Podía comer y dejar que la señora Peterson, Roth y la otra cliente del hotel charlasen todo lo que quisieran. Su plan era permanecer muda, comer tan rápido como le fuera posible y escapar del comedor.

Una vez sentada, se concentró en la mujer que tenía enfrente, una mujer de mediana edad, muy seria. Artista, por lo visto. Pero no parecía muy parlanchina. Llevaba el pelo gris sujeto por un pañuelo... ¿o era un trapo manchado de pintura? Desde luego, llevaba una camiseta manchada de pintura, sin sujetador. Aunque no le veía las piernas, Hannah imaginaba que llevaría un viejo pantalón lleno de manchurrones.

Afortunadamente, Joan hablaba mucho. Se habían conocido en un chat de Internet, en el momento que Hannah se sentía más triste, después de dejar la empresa. Tenía que contárselo a alguien y una persona anónima le pareció lo mejor.

Pero ese encuentro fortuito se convirtió en una amistad y, un día, Joan le dijo que había ganado una estancia gratuita de dos semanas en su hotel.

En realidad, Hannah tenía sus dudas de que hubiera «ganado» nada. Más bien le parecía un detalle por parte de Joan. La conocía bien, aunque sólo fuera a través del ordenador, y sabía que era una persona muy cariñosa.

Pero fuera como fuera, el «premio» llegó por correo en forma de cupón. En ese momento, Hannah se sentía tan infeliz... ¿cómo iba a rechazar una estancia de dos semanas frente al lago más bonito de Oklahoma? Era un sueño hecho realidad.

Si Roth Jerric no estuviera allí.

¿Y qué hacía allí?, se preguntó. Él podía ir a los hoteles más caros del mundo...

Pensativa, Hannah había alargado la mano para tomar la cafetera, pero se encontró con la mano de Roth y la apartó de inmediato.

-Perdone -murmuró.

-No pasa nada. ¿Quiere leche?

Olía muy bien, a sándalo, a cuero...

-¿Leche? -repitió él.

-No -contestó Hannah con más fuerza de la necesaria.

La artista y Joan la miraron entonces, aparentemente preocupadas.

Hannah se aclaró la garganta.

-No, gracias -dijo entonces, intentando sonreír.

-Yo sí quiero -dijo Joan-. Me pongo mucha leche en el café.

Nada de esas tonterías de leche descremada o sacarina, a mí me gusta el café, café. ¿Quieres jamón, Mona?

-No como grasa -contestó la artista.

-Lo sé, querida, pero como eres una buena artista te lo perdono -sonrió Joan, dándole un golpecito cariñoso en la mano-. ¿Os conocéis todos?

-La señorita Hudson y yo sí -dijo Roth.

-Eso parece -murmuró Hannah sin mirarlo.

-Ella es Mona Natterly, una cliente habitual -la presentó Joan-. Viene a pasar todos los veranos aquí. Mona, te presento a Hannah Hudson, mi amiga de Internet. Y él es... Roth Johnson.

-Roth Jerric -volvió a corregirla él-. Encantado de conocerte, Mona.

-Por cierto, señor Johnson -siguió Joan-. ¿Le dio mi mensaje al comisario?

-Sí, llamó anoche.

-¿Llamó? ¿No pasó por aquí?

-No, estaba de servicio.

-Bueno, pues él se lo pierde -replicó la mujer.

-Dijo algo... algo así como que le pidiera disculpas por lo de la luna azul.

-Ya, bueno. En fin, ya le digo, él se lo pierde.

-¿Qué quería decir? -preguntó Roth.

-Si no le importa, prefiero no hablar de eso ahora -respondió Joan-. Quizá dentro de unos días, cuando esté menos desconsolada. El destino ha hablado, qué se le va a hacer. Pero estoy segura de que es usted un buen hombre, señor Johnson.

-Me llamo Jerric, pero gracias.

Hannah no sabía si aquella excentricidad de llamarlo por el nombre equivocado lo molestaba o no. Pero se negó a mirarlo y, en su lugar, le preguntó a la mujer:

-¿Por qué estás desconsolada, Joan?

La mujer sonrió, melancólica.

-Cariño, uno de estos días te contaré... todo. Pero ahora mismo no puedo. Ahora mismo me duele demasiado -contestó, mirando a Roth un momento-. Sólo espero que el destino sepa lo que está haciendo. Y ahora, a disfrutar del desayuno. La tristeza hace que las cosas sienten mal al estómago y yo no quiero ningún estómago poco satisfecho en mi hotel.

-Pero...

-Come, querida -la interrumpió Joan-. Mona, ¿qué tal están los cereales?

-Bien.

Hannah había perdido toda esperanza de que Joan Peterson siguiera hablando, de modo que miró a la artista. No podría decir cuál era su edad. Tenía la piel muy bronceada, como si estuviera mucho tiempo al aire libre. Podía tener treinta y cinco o cincuenta y cinco años.

-¿Pinta usted paisajes? -le preguntó.

-Yo pinto pensamientos, ideas -contestó la artista con voz grave. Luego cerró los ojos, como si estuviera escuchando una melodía-. En los días en los que mi musa está en ascenso, pinto pura adoración, sin adulterar.

-Sí, es verdad -asintió Joan-. Lo hace de una forma exquisita.

-Ah.

Hannah estuvo a punto de preguntar cómo se pintaba un pensamiento o qué tenía que pasar para que su musa estuviera en ascenso, pero entonces recordó su promesa de permanecer muda y se dedicó a sus tortitas con sirope de caramelo y jamón. Un desayuno demasiado fuerte, pero ya haría dieta cuando volviera a casa. Además, no le sería difícil porque estaba prácticamente en la ruina.

-El desayuno está riquísimo.

-Gracias, querida.

Hannah tomó un trozo de tortita, pensando que si tenía la boca llena le sería más fácil no decir nada.

¿Por qué tenía que ser tan agradable Roth Jerric? ¿Y por qué tenía que rozarla con el codo? Cada vez que lo hacía, sentía como un cosquilleo en el pecho...

-A mí me gustan mucho las tortitas. Y, en general, a todos los clientes les gustan también. Como los huevos. Especialmente, los huevos á la Peterson -exclamó Joan, levantando los brazos en un gesto de triunfo.

Hannah estaba tan nerviosa que, al levantar la taza, se le cayó un poco de café sobre las tortitas de Roth.

-Ay, perdón.

Lo que le hacía falta, tener que disculparse con él por estropearle el desayuno.

-Cómase las mías. Yo no tengo hambre -le dijo a Roth.

-No hace falta.

-No, insisto -Hannah se levantó de la silla tan abruptamente que estuvo a punto de tirarla al suelo. Roth la sujetó a tiempo-. Es que no me encuentro bien.

-¿Estás enferma? -preguntó Joan, levantándose.

-No, no. Es sólo que... siéntate, Joan. Es sólo un dolor de cabeza. Voy a tomar una aspirina y a tumbarme un rato. No pasa nada.

-¿Estás segura?

-Del todo. Por favor, siéntate y disfruta dell desayuno.

-En fin, si insistes...

Hannah se percató entonces de que Roth se había levantado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Y por qué lo miraba si se había prometido a sí misma no mirarlo siquiera?

Pero no sólo olía de maravilla, también estaba estupendo con ese polo de color azul cielo y esos vaqueros. Nunca lo había visto en vaqueros. Estaba guapísimo... y muy serio.

-Siéntese. Y cómase mis tortitas.

Él no dijo nada. Estaba claro que no se tragaba lo del dolor de cabeza, pero le daba igual. Era un país libre y ella podía mentir sobre un dolor de cabeza cuando le diese la gana.

Una hora después, Hannah estaba a punto de salir de su habitación. Ya debían de haber terminado de desayunar y Roth estaría ocupado... haciendo lo que hubiera ido a hacer al hotel; pescar, remar, hacer que otras personas se sintieran inferiores...

Por si acaso, decidió esperar un poco y salió al balcón para ver el lago. A través de las ramas de los árboles podía ver un barco en la distancia. Sí, allí estaba, con su vela blanca flotando al viento. Hannah abrió el balcón, sintiéndose un poco mejor al respirar el aire fresco. Hacía un día precioso. En junio había hecho frío, pero julio en Oklahoma podía ser muy caluroso. Pronto no se podría abrir el balcón para disfrutar de la fresca brisa del lago...

Un golpe en la puerta le hizo arrugar el gesto. Porque reconocía la fuerza del golpe. Tenía que ser Roth Jerric.

-¿Qué pasa ahora?

-¿Cómo se encuentra?

Le habría gustado decirle la verdad, que estaba deprimida y que gran parte de esa depresión tenía que ver con él.

-Si se refiere al dolor de cabeza, mejor.

-¿Puedo entrar?

-No estoy visible.

Después de decirlo, Hannah hizo una mueca porque le recordó a la escenita del cuarto de baño. ¿No se le podía haber ocurrido otra cosa? La verdad, por ejemplo: «He estado llorando porque la mala opinión que tiene de mí me entristece».

Ella admiraba y respetaba a Roth cuando trabajaba en su

empresa. Y saber que él la veía como una ejecutiva mediocre había destrozado la confianza que tenía en sí misma. Y encontrarse con élen el hotel era lo peor que podía pasarle en la vida.

-¿Podríamos hablar?

-¿Qué quiere?

-Hablar con usted.

-¿Para qué?

Al otro lado de la puerta hubo un silencio.

-Sólo será un segundo. Por favor, abra la puerta. Hannah se sintió un poco tonta. ¿Las mujeres fuertes e independientes se encerraban en su habitación? No, seguro que no. Y ella no era una cobarde. De modo que irguió los hombros todo lo que le era posible.

-Un momento -murmuró, acercándose a la cómoda para tomar un pañuelo con el que sonarse la nariz. Luego lo guardó en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita de polvos-. Estoy poniéndome algo.

Con la nariz roja camuflada por los polvos, parecía un poco más compuesta, pensó. Luego se pasó una mano por los rizos para colocarlos un poco... Roth sólo era su ex jefe, sólo un hombre. ¿Por qué le importaba tanto su opinión?

-Ya voy.

Hannah abrió la puerta, decidida a ser formal y solemne. Ni él ni su opinión sobre ella eran importantes. Desgraciadamente, al verlo su corazón se puso a hacer cosas raras. Aquel hombre tan alto, tan serio, tan guapo...

-Gracias por abrir.

-¿Qué quería decirme?

-Que la señora Peterson tiene su desayuno en el horno.

-Le dije que se tomara mis tortitas, ya que yo me había cargado las suyas.

-No hizo falta.

-Bueno, da igual.

-Había pensado que podríamos establecer un horario para el baño -dijo él entonces.

¿Un horario?

-Ah, sí, es verdad. Digamos que hasta y media el baño es suyo. A partir de entonces, es mío. ¿Qué le parece?

-Bien.

-Estupendo. Pues entonces, adiós.

-Mire, señorita Hudson, no sé qué problema tiene conmigo, pero si no le importa que sea sincero, yo no estoy más interesado en

verla que usted en verme a mí.

-Genial. Me alegra que ninguno de los dos quiera saber nada del otro.

-Bueno, pues ahora que eso ha quedado claro, que lo pase bien.

-Y usted también -replicó ella, cerrando la puerta-. Idiota arrogante -añadió entonces, en voz baja.

Roth se volvió cuando la puerta se hubo cerrado.

-Bruja antipática -murmuró, mientras bajaba al vestíbulo.

Pero no sabía qué hacer. Inquieto, entró en el comedor y tomó una taza de café. Luego se quedó pensando. ¿Qué podía hacer para conseguir lo que había ido a buscar allí?

De pequeño quería ser constructor, arquitecto, un creador. Lo de la empresa de petróleo había sido una casualidad; su habilidad natural para levantar empresas le había proporcionado tal éxito que se había olvidado de su idea original. Pero esa lucha interna se lo comía. La desilusión, el conflicto entre los sueños de su juventud y lo que había acabado siendo la realidad de su vida...

El encuentro con Hannah en el jardín la noche anterior sólo había empeorado las cosas. Y la referencia al «bomboncito»...

Roth sabía muy bien lo que era eso. Desde su divorcio, había tenido muchas mujeres así. Su esposa, Janice, había sido una mujer bellísima, pero nunca la consideró un «bomboncito».

Era la envidia de todos los hombres cuando estaba con Janice. Y la amaba completa, ciegamente. Después de la tragedia de perder a su hijo,

Roth sugirió que tuvieran otro niño, pero ella se negó. Aún le dolía ese rechazo, incluso después de tantos años.

Después del nacimiento de su hijo, Colin, Janice decidió que no le gustaba estar embarazada, que no quería que su cuerpo volviera a estropearse. Y lo más horrible fue cuando ella dijo que la muerte de Colin había sido, a pesar de todo, una bendición.

¿Una bendición?

Cada vez que lo recordaba se ponía enfermo. Janice era tan fría, tan analítica, mientras él sufría como un condenado... Esa respuesta había hecho que se sintiera perdido, asqueado y traicionado.

Fue entonces cuando vio lo que ella era en realidad: todo apariencia y nada de sustancia. En ese momento supo que su matrimonio se había roto para siempre. Él era el único que lloraba la muerte de su hijo, el único que quería un hogar tradicional, con niños. Desilusionado y amargado por el rechazo de Janice, se encerró en sí mismo y se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, decidido a no sentir nada. Las mujeres se convirtieron en una

diversión pasajera, nada más...

Un ruido en el pasillo interrumpió sus pensamientos.

-Mona, no te pongas así. No voy a empezar a pedirte que pagues la cuenta. No seas absurda.

Era, evidentemente, la voz de Joan Peterson.

-Pero esa carta...

-Ay, por favor, ¿de dónde la has sacado?

-Necesitaba un papel para hacer una lista de las pinturas que quiero pedir y la encontré en la basura.

-Pues ahí es donde debe estar.

-Pero dice que estás arruinada y que podrías perder el hotel -replicó Mona, preocupada.

-Mi administrador se preocupa demasiado por todo. Además, el señor Johnson va a pagar la cuenta.

Roth levantó su taza de café.

-Jerric, me llamo Jerric -dijo en voz baja-. Pero puede llamarme « Ross».

-¿Y la otra chica? -preguntó Mona.

-¿Hannah? Le envié un cupón para una estancia gratuita de dos semanas. Tenía tantos planes para ella... Es una chica estupenda y no tiene trabajo, así que, por supuesto, no voy a hacerle pagar la cuenta. Como no voy a hacerte pagar a ti.

-Pero si el banco se queda con el hotel...

-¡Qué va! No lo pienses más. Roth oyó el ladrido de un perro.

-Missy, cállate. ¿Ves lo que pasa, Mona? Missy odia que levante la voz. Vamos a hablar de cosas más divertidas.

-Cambiar de tema no hará que el problema desaparezca, Joan.

-No tengo ningún problema. Sólo un administrador preocupado por minucias.

-Esta carta no es una minucia. Es algo muy serio -insistió Mona-. Quizá podrías vender algunos de los cuadros que te he ido regalando estos años.

-Mona, me encanta tu trabajo. Son cuadros maravillosos, geniales. Pero la gente de aquí no entiende de arte. Yo sí... Y no pongas esa cara. Ya sabes que tu musa no asciende cuando estás de mal humor.

Estaban acercándose al comedor, de modo que Roth salió por la puerta que daba al vestíbulo, y sus pasos quedaron enmascarados por la mullida alfombra persa. Una vez allí, se dejó caer en un deslucido sofá de terciopelo rosa y se concentró en mirar el plácido lago por la ventana mientras las mujeres entraban sin fijarse en él y seguían hacia el otro lado de la casa.

Joan Peterson tenía problemas económicos, evidentemente. Debía de ser horrible ser mayor y no tener ninguna seguridad económica. Roth había oído lo suficiente como para saber que Joan era una filántropa, pero sin los medios económicos para serlo.

Si su única fuente de ingresos era aquel hotel y los clientes no pagaban, no era una mujer de negocios muy avispada. Aquel sitio no era precisamente palaciego, pero la vista del lago valía suficiente como para cobrar el doble por cada habitación.

Entonces pensó en Hannah Hudson en el baño y se encontró sonriendo. «Mal hecho», pensó. No debía pensar en eso... porque ella lo había pasado fatal. Sin embargo, tener que compartir el baño con Hannah tenía cierta gracia...

Roth experimentó una incómoda punzada de deseo y tuvo que moverse en el sofá. ¿Por qué se había puesto a pensar en Hannah Hudson?

El no había ido allí con ánimo de conquista... aunque habría dado igual, porque la señorita Hudson había mostrado tanta ilusión al encontrarse con él en el jardín de la abadía como si se hubiera encontrado con una serpiente venenosa.

Roth se obligó a sí mismo a pensar en Joan Peterson. No era asunto suyo, pero la conversación entre las dos mujeres lo había dejado apenado.

Joan era una mujer encantadora, un poco excéntrica, desde luego, pero muy agradable. Seguramente no aceptaría su ayuda... Ni siquiera era capaz de aceptar que tenía problemas económicos. De modo que, ¿cómo podía ayudarla?

Roth se levantó y entró en el comedor para dejar la taza de café. Luego se encontróó dando un paseo hacia el lago por el camino de tierra, bajo los robles y los nogales. Recordaba que, cuando era un niño, solía correr por allí descalzo. Y, sin dejar de correr, se tiraba de cabeza al lago.

Aquel día estaba lleno de barcos, grandes y pequeños, motoras y motos acuáticas. La cala ya no era tan segura como cuando él era pequeño. Ahora, un nadador que se aventurase un poco en el lago se arriesgaba a tener un accidente serio.

Sin embargo, la resguardada cala daba una sensación de privacidad, de santuario. Su familia nunca había tenido un barco, sólo una barca de remos, pero era igualmente divertido.

El aire olía de maravilla y la suave brisa aliviaba el calor... Roth experimentó una sensación de felicidad que no había sentido en mucho tiempo.

-¿Y si...? -empezó a decir, apoyándose en un viejo roble.

Recordaba aquel árbol, aquel sitio exactamente. De joven se había tirado mil veces de cabeza desde una de aquellas rocas que resguardaban la cala. Roth tuvo que sonreír pero, después de pensarlo un momento, empezó a hacer planes sobre el potencial de lo que podría ser una gran aventura. Una aventura que no sólo lo beneficiaría a él, sino también a Joan Peterson.

Su entusiasmo aumentó al darse cuenta de que aquello era justamente lo que necesitaba: la redención creativa para su alma. La razón por la que había vuelto al hogar de su infancia.

-¿Quién dice que uno no puede volver a casa?

CAPÍTULO 3

ROTH volvió al hotel sin dejar de pensar en sus planes. Sabía que la idea era buena, seguro. Compraría el hotel y crearía un complejo de vacaciones con muelle, barcos para alquilar, un restaurante en la cala... y una comunidad residencial que incluyera apartamentos de lujo. Los pisos de abajo, con menos vistas, podrían ser ocupados por familias con niños; los de arriba, con terraza y vistas al lago, serían los más caros.

Joan Peterson no tendría que volver a preocuparse por el dinero en toda su vida. Aunque tendría que dejar el hotel, él le daría un dúplex como parte del trato.

Encontró a la propietaria del hotel en la cocina, poniéndose un mandil, a punto de empezar a hacer el almuerzo. Roth miró su reloj; sólo eran las once y la pobre ya tenía que ponerse a trabajar. Era una suerte para ella que a Roth se le hubiera ocurrido ese maravilloso plan. Joan era demasiado mayor para trabajar tanto, de modo que iba a llevarse una gran sorpresa.

Media hora después, los armoniosos pensamientos de Roth se habían oscurecido notablemente.

-¡No, no, no! -gritaba Joan por tercera vez, después de que él le hubiera explicado, por tercera vez también, lo que quería hacer-. Nunca venderé este hotel. Es mi casa. ¿Cuántas veces tengo que decírselo, señor Johnson? ¡Nunca me sentiría cómoda viviendo en uno de esos pisos, por muy bonito que fuera!

Roth ya se había acostumbrado a que la señora Peterson lo llamara Johnson y no se molestó en corregirla. Lo importante era convencerla de que aquello era bueno para ella.

-¿Es que no lo entiende? Si pierde el hotel, se lo quedará el banco y yo podré comprarlo a buen precio. ¿Por qué no va a beneficiarse usted...?

-¡El banco no va a quedarse con mi hotel! -exclamó la señora Peterson sin dejar de cortar cebollas-. ¿De dónde ha sacado esa idea?

-La oí hablando con Mona...

Joan siguió cortando cebollas durante unos segundos, sin decir nada. Por fin, dejó el cuchillo sobre la encimera y se volvió.

-Qué vergüenza.

-¿Eh?

-Escuchar conversaciones ajenas...

-No era mi intención, señora Peterson. Estaba en el salón y... bueno, da igual. El caso es que ha sido providencial. Yo puedo ayudarla. Si yo le compro el hotel y la finca, vivirá sin problemas

económicos para siempre.

Ella parpadeó, negando con la cabeza. Y a Roth le pareció que tenía los ojos húmedos.

-Lo que quiere es robarme mi casa.

-No voy a robarle nada, señora Peterson. Compraré este viejo hotel y usted tendrá una casa. Un dúplex moderno con vistas al lago sin cañerías ruidosas, con suelos recién instalados, alfombras nuevas...

-Ésta es mi casa y lo será hasta que me muera. Siento que usted la encuentre tan... desagradable.

-No quería decir eso.

La señora Peterson levantó una mano.

-No, escúcheme. Quiero que me entienda.

A Roth no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, pero asintió, sabiendo que no podía hacer otra cosa.

-Muy bien, la escucho.

-Aquí conocí a mi marido -dijo ella entonces, señalando hacia la abadía-. En ese jardín. Yo tenía veintiún años y era una chica muy independiente. Estaba dando un paseo y me perdí. Era una noche de junio, preciosa. Hace cincuenta años, el noreste de Oklahoma no estaba tan edificado como ahora, ¿sabe?

-Claro que no.

-El dique del río Grand era nuevo y podría haber caminado durante días sin encontrarme con nadie. A medianoche, me acerqué a esta casa pero, como era muy tarde y no quería molestar, me senté en el banco de piedra del jardín. Cuando levanté la mirada, vi una luna llena, completamente azul, justo en el centro de una ventana de medio punto entre las ruinas de la abadía. Me quedé transfigurada, tanto que no oí que se acercaba un hombre. Cuando, de repente, apareció delante de mí, me llevé un susto tremendo. Y cuando me habló... nunca olvidaré su voz. Tenía la voz de un ángel. Yo estaba extrañamente emocionada y cuando levanté la mirada y lo vi, vi la cara de mi alma gemela, Durham Peterson -la señora Peterson tragó saliva-. Nos casamos unas semanas después. Algún tiempo más tarde, Dur me confesó su deseo de ver mundo. Como yo también era muy aventurera, acepté. Dur tenía una herencia, de modo que durante cuarenta años vivimos muy cómodamente. Luego, hace nueve años, cuando Dur murió trágicamente en un accidente en Nepal, volví a casa, al mismo banco en el mismo jardín. Estar allí me consolaba -suspiró, secándose los ojos con el mandil-. La casa había cambiado de propietario varias veces en esos años y estaba abandonada, con las ventanas tapadas por tablones de

madera. Así que tomé una decisión: con el dinero que me había dejado mi Dur, compré esta propiedad y he vivido aquí desde entonces.

-Pero señora Peterson...

-Reparar la casa se llevó más dinero del que yo esperaba y, para poder vivir, tuve que convertir la casa en un hotel porque... -Joan dudó un momento- porque, señor Johnson, yo sabía que estaba en mi hogar y que lo sería para siempre. Y como había conocido a mi querido Durham esa mágica noche con una luna llena de color azul en medio de la ventana, este hotel se llamó el hotel La Luna Azul. Antes de venderlo, me moriría -dijo entonces en voz baja-. No pienso dejar que tiren esas ruinas tan mágicas. Nunca.

-Ruinas mágicas -repitió Roth.

-Sí, mágicas -insistió la señora Peterson-. Yo creo que el encantamiento de la luna llena fue el principio de mi felicidad, y estoy segura de que cualquier pareja que se encuentre allí cuando ocurre ese fenómeno tendrá la misma bendición que yo.

Roth arrugó el ceño. Ahora entendía lo de la luna azul... Aparentemente, la romántica señora Peterson había querido que el comisario y Hannah Hudson se encontraran en las ruinas.

Evidentemente, vivía en las nubes, o en la luna, y no le importaban las consecuencias, los pagos de la hipoteca ni el sentido común.

-Tirar mi casa y esas ruinas sería un sacrilegio, señor Johnson. Un auténtico sacrilegio -murmuró, echando las cebollas cortadas en la sartén-. Y lo siento, pero estoy muy ocupada. Tengo que servir el almuerzo exactamente a la una. Vaya a dar un paseo, disfrute del día -añadió, dándole un golpecito en el brazo-. Siéntese en el porche, en el balancín. No me gusta que mis clientes estén estresados. O podría ir a nadar; tiene tiempo antes de la comida.

Roth se quedó mirándola, atónito. Cualquier persona con un gramo de sentido común habría aceptado su oferta de inmediato. Incluso le habría besado los pies. Pero aquella mujer se portaba como si él quisiera robarle a su primogénito. Increíble.

La anciana se metió entonces en la despensa y empezó a canturrear, como si no tuviera ningún problema, y Roth salió de la cocina sacudiendo la cabeza.

Pero si Joan Peterson pensaba que la discusión había terminado, estaba muy equivocada.

La comida y la cena fueron difíciles para Hannah. Aunque

intentaba no mirar el perfil de Roth, podía sentir la tensión que había entre ellos. De hecho, había tal tensión que parecía contagiarse a toda la mesa.

Aparte de la comida y la cena, había conseguido evitarlo durante todo el día. Pero no podía dormir. Saber que él estaba a sólo unos metros le producía insomnio, de modo que después de dar vueltas y vueltas en la cama, a medianoche decidió bajar a la cocina para comer algo.

En la escalera oyó la voz de Joan Peterson hablando con alguien. Pero ¿con quién estaba hablando? Hannah entró de puntillas en el salón para no molestar... y se encontró a Joan sola en el sofá. Estaba hablando con alguien... ¿con su perrita? Porque allí no había nadie más.

-Qué hombre más insistente -estaba diciendo, mientras acariciaba las orejas de Missy-. ¿Cómo se atreve a amenazar con robarme mi casa?

-¿Quién ha amenazado con robar tu casa? -preguntó Hannah.

Joan levantó la cabeza, sobresaltada.

-Ah, qué susto me has dado.

-Perdona, es que te he oído hablar y pensé que estabas con alguien... Y si puedo serte de alguna ayuda...

La mujer dejó escapar un largo suspiro.

-Es que acostumbro a hablar sola... bueno, sola no, con Missy -dijo, sonriendo-. 0 con Dur, mi marido. El era tan sensato... Siempre veía las cosas con claridad. Sin él, a veces me siento perdida...

Hannah se sentó a su lado y apretó su mano.

-Por favor, cuéntame qué te pasa. A lo mejor yo puedo ayudarte. ¿Quién te ha amenazado?

-Bueno, la verdad es que no ha sido para tanto... Me hizo una oferta para comprar el hotel y la finca, pero yo me negué y él insistió e insistió. Por fin, me dijo que si no se lo vendía, se lo compraría al banco por nada de dinero. Y luego dijo que mis suelos estaban viejos y que las cañerías hacían ruido...

-¿Quién? -preguntó Hannah-. ¿Quién ha dicho unas cosas tan horribles sobre este magnífico hotel?

Bueno, lo de «magnífico hotel» no era del todo cierto. Debería hacer algunos arreglos, pero eso no era lo que Joan necesitaba oír en aquel momento.

-El señor Johnson.

-¿Johnson?

-Sí, el hombre que se aloja en la habitación al lado de la tuya.

¡Roth Jerric! Ahora lo entendía todo y, por supuesto, su rabia se

intensificó. Aquel hombre era indefendible. ¡Amenazar a una mujer tan mayor como Joan Peterson! ¡Aquel hombre no se detenía ante nada!

-Ese hombre cree que está por encima de todo el mundo. Pero su opinión sobre este hotel no vale un rábano, no debes hacerle ni caso.

-¿De verdad?

-Pues claro que sí. Este hotel es maravilloso. Las vistas del lago... vamos, no hay muchos sitios así por aquí, desde luego. Pero dime, Joan, ¿tienes problemas económicos?

-No, qué va. Mi administrador se preocupa excesivamente, eso es lo que pasa -se encogió de hombros-. Y el señor Johnson oyó una conversación que yo tuve con Mona...

-¿Estaba espiándote?

-Sí. Nos oyó hablar sobre la carta del banco y luego vino a mí para decirme que quería comprar la finca. Ya sé que a ti te gusta mucho...

-¿A mí? -exclamó Hannah-. ¡De eso nada! Roth Jerric es un cerdo pomposo que cree que todo el mundo está por debajo de él. Pero no dejes que se aproveche de ti.

-Entonces, ¿quieres decir que no... que no estáis locos el uno por el otro?

-¡Desde luego que no! Tendría que estar borracha como una cuba para hablar con él durante cinco minutos. Es la última persona en el mundo a la que quería ver.

-¿Quieres decir que lo conocías de antes?

-Desgraciadamente, sí -contestó Hannah-. Era mi jefe en Jerric Oil. Y, francamente, verlo me revuelve el estómago.

Bueno, eso no era del todo verdad. Verlo no le revolvía el estómago en absoluto, todo lo contrario.

-No lo entiendo.

-¿Qué?

-No entiendo por qué no os habéis enamorado.

-¿Y por qué íbamos a enamorarnos?

-Porque estuvisteis bañados por la mágica luz de la luna azul en el jardín. Es el destino.

-¿Qué destino? -preguntó Hannah, perpleja.

Joan suspiró.

-Mi querido Dur y yo nos conocimos exactamente de la misma forma... a la luz de la luna azul. Brillaba a través de la ventana de la abadía. Nos enamoramos de inmediato y fuimos felices durante cuarenta años.

Hannah respiró profundamente, aliviada. No era nada más que una romántica superstición. Con una sonrisa compasiva, le dijo:

-Es una historia muy bonita, Joan. Y me alegro mucho de que tu marido y tú fuerais tan felices. Pero si me permites una sugerencia, yo creo que esa felicidad fue debida a que erais compatibles y no a una luna azul brillando a través de un agujero en la pared.

Joan arrugó la frente como si no le hiciera ninguna gracia el comentario.

-Lo que quiero decir es que aunque fuera mágica para vosotros, no tiene por qué serlo para todo el mundo.

-Yo no estoy tan convencida de eso. ¿Estás segura de que no sientes nada por el señor Johnson?

Hannah tragó saliva.

-Preferiría abrazar a una serpiente de cascabel, con eso te lo digo todo. Y dudo que yo sea el tipo del señor Jerric.

-Qué raro -Joan sacudió la cabeza, incrédula-. Pero no estoy convencida, lo siento. Creo que quizá no esté todo perdido.

-No te entiendo.

La mujer sonrió, feliz.

-Nada, nada. Sólo son cosas de vieja. Vamos, Missy. Es hora de irnos a la cama -dijo entonces, tomando a su perrita en brazos-. Me alegro mucho de que hayamos tenido esta charla, Hannah. Pero ahora me voy a dormir.

«Me alegro por ti», pensó Hannah. A ella la conversación no la había animado en absoluto. ¿Enamorarse de Roth Jerric? Qué pesadilla.

-Eres una chica estupenda. Y aunque yo creo en la magia de la luna azul, en realidad espero que no haya funcionado contigo y con el señor Johnson. Tú te mereces... Bueno, te mereces eso. Buenas noches, querida.

Hannah la vio salir del salón y sacudió la cabeza.

-¿Me merezco... qué?

Pero nadie le contestó. Sólo el tic-tac del reloj de la pared.

-Lo que ahora mismo me merezco es algo de comer -murmuró para sí misma. Al fin y al cabo, apenas había probado bocado por culpa del señor Johnson... Jerric.

Pero cuando llegó a la cocina se detuvo en seco. No estaba sola. Sólo estaba encendida la lucecita de la encimera, pero en la semioscuridad pudo ver una figura muy familiar. A dos metros de ella estaba Roth Jerric, mirándola fijamente.

-Vaya, vaya, pero si es la mujer que antes de abrazarme a mí abrazaría a una serpiente de cascabel.

Estaba sentado a la mesa y sólo podía verlo de cintura para arriba. Llevaba el torso al descubierto. Y esperaba que tuviera puestos unos pantalones. Aunque con aquel hombre todo era posible.

-Parece que tiene usted costumbre de escuchar las conversaciones ajenas -replicó ella, irritada.

-Esta casa no es muy grande. Se oye todo. Además, no estaban ustedes hablando en voz baja precisamente.

-Podría habernos hecho saber que estaba en la cocina -murmuró Hannah, acercándose a la nevera. No podía dejar que su presencia le impidiera comer otra vez. Si seguía así, acabaría muriéndose de hambre-. Y en caso de que no sepa cómo hacerse notar, puede decir algo así como: «Perdon, estoy aquí», o al menos aclararse la garganta.

-No me gusta interrumpir -replicó él-. Estaba usted diciendo unas cosas tan agradables sobre mí... ¿Qué ha dicho? Que soy un cerdo pomposo y egocéntrico, ¿era eso?

-Mire...

-Sí, creo que era eso -la interrumpió él-. Ah, y que tendría que estar borracha como una cuba para hablar conmigo durante más de cinco minutos. Pues espero que esté usted borracha, señorita Hudson, porque -Roth levantó el brazo para mirar su reloj- yo no pienso marcharme. Tiene usted tres minutos más.

Hannah lo miró, irritada por su altanería. ¿Cómo se atrevía a hablarle con esos humos?

-Lo que he dicho es que se considera usted por encima de los demás, y sigo pensándolo. Y voy a quedarme en la cocina el tiempo que me dé la gana, además. Dije que tendría que estar borracha para hablar con usted durante cinco minutos, pero no tengo ninguna intención de seguir hablando.

Roth no respondió, pero ella podía sentir sus ojos azules clavados en su espalda. Nerviosa, sacó de la nevera la bandeja de carne que había sobrado de la cena y la dejó sobre la encimera. Luego se sirvió un vaso de leche. El silencio era tan tenso que le temblaban las manos. Irritada por esa absurda reacción, tomó un cuchillo y cortó un trozo de carne para ponerlo en un plato.

De espaldas a Roth, cortó un pedazo con el cuchillo y el tenedor y se lo llevó a la boca. ¿Por qué no le sabía a nada? Luego tomó un trago de leche, pero tampoco le supo a nada. ¿Qué le estaba pasando? ¿Su cuerpo no podía hacer otra cosa más que estar pendiente de Roth Jerric? ¿Sus papilas gustativas estaban de huelga?

-Una pena -dijo él entonces.
-¿Qué es una pena?
-Que no me hable.
-¿Porqué?
-Es una pena... ya que estamos destinados a enamoramos.
Hannah se atragantó con la carne y tuvo que tomar un trago de leche, pero no sirvió de nada. Ahogándose, se agarró a la encimera intentando llevar aire a sus pulmones... Y, de repente, sintió unos golpecitos en la espalda.
-¿Se encuentra usted bien?
Ella negó con la cabeza y Jerric siguió dándole golpecitos con esas manos tan grandes.
-Tranquila, tranquila...
-Estoy... bien... déjeme...
Unos segundos después, consiguió hacer pasar el trozo de carne por su esófago y respirar de nuevo. Pero tuvo que apoyarse en la encimera para secarse las lágrimas.
-Debería sentarse un momento.
Agotada, Hannah dejó que él la tomara del brazo para llevarla a una silla.
-Se ha dado un buen susto, ¿eh? Lo siento.
Aún mareada y asustada por el incidente, ella lo miró, incrédula. ¿Roth Jerric pidiendo disculpas?
-Debo de estar delirando. Me ha parecido oír una disculpa.
-Y ha oído bien.
-¿Qué es lo que siente?
-Hacer que se atragantara.
Hannah respiró profundamente.
-Me parece muy bien. Ha sido culpa suya.
-Pero eso no altera nada.
-¿Qué no altera?
-Que usted y yo estuvimos bañados por la luz de la luna azul y que estamos destinados a ser amantes -le aclaró Roth.
Aquello era increíble.
-Muy gracioso. Pero la señora Peterson habló de matrimonio, no de... -¿por qué le costaba tanto decir la palabra «amantes»? Debían de ser esos ojos tan turbadores-. Además, estoy segura de que usted no cree en el destino.
-¿No?
-No.
-Pero usted no me conoce, señorita Hudson.
De repente, Roth puso una mano detrás de su cabeza para

atraerla hacia él. Y unos labios ansiosos, hambrientos, buscaron los suyos. Era el beso más potente, más delicioso que había recibido nunca. La exploraba, la saboreaba, la acariciaba con la lengua. Ella intentó apartarse, pero pronto empezó a temblar con la intensidad de la caricia. Nunca había sentido algo así en toda su vida.

Sorprendida por la repentina excitación, se olvidó de las campanitas de alarma que sonaban en su cabeza y abrió los labios, como una invitación. Y le .echó los brazos al cuello, apoyándose en su torso desnudo; la respuesta de su cuerpo tan explícita como sus besos.

Pero tan repentinamente como había empezado, el beso terminó. De repente, ya no se estaban tocando y Hannah se sintió desolada, rota. Apartó los brazos, que quedaron colgando a cada lado de su cuerpo, como inertes. Y le quemaban los labios.

-Tiene razón sobre una cosa. Yo no creo en el destino -murmuró Roth, pasándole una mano por la espalda hasta dejarla provocativamente donde la espalda pierde su honesto nombre-. Pero me encantan los retos.

CAPÍTULO 4

ROTH Jerric, es usted imposible! -exclamó Hannah, intentando recuperarse del mareo o lo que fuera.

Lamentablemente, tardó demasiado en recuperarse, y cuando iba a decirle exactamente lo que pensaba de él, Roth había desaparecido.

¿Había dicho algo de ir a nadar? Hannah sacudió la cabeza. Por ella, podía irse a dar un paseo a Marte. La verdad era que había perdido la cabeza por completo, así que a saber qué otros problemas conceptuales podría estar teniendo... incluyendo alucinaciones.

-¿Cómo se atreve a besarme así?

«Especialmente así. ¿Por qué no ha podido besarme como todo el mundo?».

Pero nunca la habían besado como la había besado Roth Jerric. Bueno, quizá en algún sueño erótico, pero no en la vida real. Y, desde luego, él tenía mucha práctica.

-Bueno, bueno, ya está bien... cálmate. Puede que bese como si fuera un profesional, pero ése es el único beso que va a darte.

Hannah volvió a la cocina y, cuando miró hacia la mesa, comprobó que el vaso de zumo que Roth estaba bebiendo había desaparecido.

-Así que también puedes desmaterializar objetos, ¿eh? -murmuró-. Roth Jerric, el mago...

Luego se apoyó en la encimera, desangelada. Debía estar riéndose a gusto a su costa. Pero a lo mejor todas las mujeres reaccionaban así cuando las besaba, como si se pusiera novocaína en los labios. A lo mejor era su afición principal, a lo que se dedicaba cuando no estaba trabajando.

Furiosa, tiró un paño sobre la mesa. Había ocurrido, sí, y no podía evitarlo. Pero Roth Jerric no iba a besarla nunca más. ¡Nunca! La había pillado desprevenida, nada más.

-Ya te puedes ir buscando otro reto porque a mí no vas a besarme más en tu vida.

Poco después subía a su habitación y se metía en la cama. Nunca antes había esperado no tener un sueño erótico, pero aquella noche rezaba para dormir como un tronco. No necesitaba que Roth Jerric se colara en el mundo de sus sueños.

Roth nadaba a toda velocidad, como si lo estuviera persiguiendo un tiburón. Nadaba con la energía de un hombre furioso consigo

mismo. Sabía que fatigarse así, en aquel lago iluminado sólo por la luz de la luna, enfriaría el fuego que había encendido Hannah Hudson.

Nadar solo, especialmente por la noche, no era muy inteligente. Pero ¿por qué dejar de ser estúpido ahora?

¿Por qué demonios había besado a Hannah Hudson? Aquella chica lo sacaba de quicio. Especialmente después de oír cómo hablaba de él. ¿Qué le había hecho para que lo odiase de ese modo?

Poco después, salió del agua. Quizá aquella noche dormiría a pierna suelta, pensó, mirando hacia el hotel. Todas las luces estaban apagadas. Mejor. No tenía ganas de encontrase con ella cuando se fuera a la cama:.. para tener que disculparse de nuevo.

Roth miró su reloj. Hannah aún tenía cinco minutos para ir al baño antes de la una...

Muy bien, pues esperaba que los aprovechase. Cuando llegó a la orilla, se dejó caer sobre la hierba, de espaldas, respirando profundamente mientras miraba el cielo. Las estrellas brillaban alegremente, como si las cosas que le habían pasado aquel día no les afectaran en absoluto.

Por supuesto que no, pensó, con una sonrisa en los labios. El mundo seguía girando por muy ingenua que fuera una anciana con serios problemas financieros o por muy furiosa que se pusiera una chica nada más verlo a él.

-Y la has besado, idiota -murmuró-. La pones enferma, pero la has besado.

Roth cerró los ojos, pero ni siquiera el olor de la hierba le hacía olvidar el perfume de Hannah.

-¿Es que no tienes suficiente con lo tuyo, Jerric?

¿Y dónde había salido esa tontería de que le encantaban los retos? Desde luego que le gustaban, pero ¿por qué había querido dar a entender que iba a seducirla? No era algo que tuviera pensado en absoluto. Al menos, de una manera consciente.

Pero de repente se ponía a decir que a él le gustaban los retos... después de un beso, como si eso sólo hubiera sido el primer asalto.

-Estás intentando encontrar la alegría de vivir, Jerric, no darte un revolcón con una chica que te odia.

Una imagen de Hannah allí sobre la hierba, desnuda, lo hizo tragar saliva...

-¡Cálmate, por Dios! -exclamó, incorporándose-. Te odia y, después de esta noche, se alejará de ti como si tuvieras la peste. Además, tienes que pensar en lo de comprar esta finca. Concéntrate. Recuerda para qué has venido.

Roth se levantó, mirando el cielo. Le gustaría poder alargar la mano, tomar un puñado de calma interestelar y llevársela consigo.

-Besar a Hannah Hudson no es la mejor manera de encontrar serenidad -murmuró.

Sacudiendo la cabeza ante aquel inexplicable error, se dirigió al hotel, deseando poder darse una ducha y caer en la cama rendido.

Para no soñar nada.

El cuatro de julio cayó en martes. Aunque a Hannah, que estaba sin trabajo, le daba igual. Simplemente lo marcó en el calendario por costumbre. Para ella, sólo era un día más en el proceso de evitar a Roth Jerric. Desde el beso en la cocina, se había negado a hablar con él durante las comidas. Ni siquiera miraba en su dirección. Bueno, casi nunca miraba en su dirección. De vez en cuando se fijaba en algún gesto que hacía, en algo que estaba diciendo, el hoyito en su mejilla haciendo que se acalorase… innecesariamente, desde luego.

Furiosa consigo misma por no poder cumplir su promesa de decirle cuatro cosas, siempre apartaba la mirada en cuanto le era humanamente posible.

Esa noche ignorar a Roth debería haber sido fácil, ya que un hombre muy atractivo estaba cenando con ellos. El comisario, Deacon Vance, con su uniforme de color marrón, llegó alrededor de las ocho para cenar y ver los fuegos artificiales en Grove, a diez kilómetros de allí. Según Joan, desde los balcones de las habitaciones de Hannah y Roth se veían de maravilla.

Hannah se alegraba de haber limpiado su habitación. No le apetecía que el comisario Vance viera su ropa interior tirada por todas partes. Una de las cosas positivas de evitar a Roth era que tenía mucho tiempo libre para realizar actividades… como, por ejemplo, limpiar su habitación. Hasta el ventilador del techo que, claramente, Joan era demasiado mayor para limpiar.

Se había subido en una silla con un trapo y descubrió que tenía polvo acumulado de siglos. Un polvo que le cayó en plena cara y la hizo estornudar y estar a punto de caerse de la silla.

Qué lastima que dos hombretones como Vance y Roth, los dos por encima del metro ochenta y cinco, no pudieran ver lo limpias que habían quedado las aspas de su ventilador.

Entonces le pareció que alguien decía su nombre…

-¿Sí? Perdón, estaba despistada.

-Le preguntaba por su familia -dijo el comisario con una

encantadora sonrisa. Sí, era un hombre muy atractivo el comisario: alto, moreno, fuerte, bien afeitado, con una cara honesta y una sonrisa radiante. Y tenía un cuerpazo, además. Claro que era el comisario y debía estar en forma para perseguir a los ladrones y obligarlos a ir por el buen camino.

Deacon Vance parecía capaz de obligar a cualquiera a ir por el buen camino... o por el malo.

-Ah, soy hija única. Mis padres están divorciados.

Vance se puso serio.

-Lo siento.

-No es culpa suya -sonrió Hannah.

-Pero supongo que a usted debió dolerle mucho.

-Sí, bueno, ya era mayorcita. Pero el divorcio de mis padres me enseñó algo muy importante.

-¿Qué?

-Me enseñó a no depender de un hombre para nada.

-Espero que su experiencia no le haya hecho renunciar a los hombres por completo.

-No... del todo -contestó Hannah, mirando a Roth por el rabillo del ojo-. Sólo he renunciado a los engreídos y los condescendientes. No los aguanto.

«Chúpate ésa, Jerric».

-Ya veo que lo tiene claro -sonrió el comisario.

-Pues sí. Sobre todo, últimamente.

-Me alegra mucho que os entendáis -intervino Joan-, pero debemos terminar de cenar en diez minutos porque empiezan los fuegos artificiales. Tomaremos el postre después.

-Me parece muy bien -sonrió el comisario, mirando directamente a Hannah.

Y tenía la impresión de que su interés por ella iba más allá de una amable conversación durante la cena. Pero no estaba segura de qué pensar. Evidentemente, Deacon Vance era un hombre atractivo y un ciudadano modelo. No sólo porque fuera el comisario, sino porque era amigo de Joan, y Joan no se equivocaba con la gente.

Si estaba cenando en el hotel, debía ser una persona incorruptible. Tan incorruptible como el amor de Joan por su difunto marido o por aquel viejo hotel.

-El pollo estaba riquísimo, Joan.

-Gracias, querida.

-Sí, es verdad -asintió Roth-. Me ha gustado muchísimo.

Hannah siguió mirando su plato, como si no hubiera hablado.

-Es la mejor cocinera del condado -sonrió Deacon-. ¿Por qué cree

que la dejo ir a toda velocidad sin ponerle una multa? -añadió, guiñándole un ojo a Hannah.

Un gesto que la pilló desprevenida.

-Deacon, no digas eso. ¿Qué van a pensar de mí? -bromeó Joan-. Yo siempre voy a una velocidad moderada.

-Sí, seguro. Una vez la pillé a cien en una zona en la que había que ir a cincuenta. Si no fuera porque me chantajea con esta comida tan rica, ahora mismo estaría en el calabozo.

Joan se puso colorada como una colegiala.

-Qué tonto. Siempre está tomándome el pelo, no le hagáis caso. Pero si mi pobre coche no puede pasar de ochenta...

Deacon seguía mirando a Hannah, sin perder la sonrisa.

Era un hombre atractivo, simpático, educado. «¿Por qué no tonteas con él?», le preguntó una vocecita. Pero Hannah la ahogó con una sonora tos.

-¿Te pasa algo, querida?

-No, no, estoy bien. Es que se me ha atragantado un trozo de pollo.

-Bueno, señoras y señores, es hora de ver los fuegos artificiales.- anunció Joan, levantándose.

Roth se colocó entre el balcón de Hannah y el suyo propio, apoyado en la puerta de madera con la pintura desconchada. Los demás estaban apoyados en la barandilla, maravillados por los fuegos artificiales del cuatro de julio, muy bonitos porque, además, se reflejaban en el lago.

Pero él no estaba observando los fuegos artificiales sino cómo Hannah parecía acercarse cada vez más al comisario. 0 al revés.

Y cómo sus manos se rozaban en la barandilla. Roth se cruzó de brazos y tosió gravemente.

-¿Qué? -preguntó Joan-. ¿Has dicho algo, Ross?

-No, nada.

-No parece que te gusten los fuegos artificiales. ¿Por qué no te acercas a la barandilla?

-No, gracias. Estoy bien aquí.

-Pero si ni siquiera estás mirando hacia el cielo. Estás mirando el trasero de Hannah.

Roth abrió mucho los ojos, asombrado por la audacia de la anciana. Aunque el trasero de Hannah no era algo que pasara desapercibido. Pero en su defensa debía decir que no estaba mirando su trasero en ese momento. En otros sí, pero no en ese

momento.

Hannah y Deacon se volvieron a la vez. El comisario parecía divertido y Hannah lo miraba como si no estuviera segura de haber oído bien. Mona no hizo ni caso, seguramente perdida en su mundo artístico. Pero después de aquella acusación, Roth debía decir algo para defenderse... y no se le ocurría nada. No se había sentido tan cortado desde que era un adolescente.

Pero ya no era un adolescente. Era un hombre adulto, acusado de mirar el trasero de una mujer. ¿Y qué? ¿Qué había de malo en ello? Que a Hannah no le cayera bien no tenía nada que ver. Si no quería que le mirasen el trasero, que no se pusiera esos vaqueros tan ajustados.

-Yo soy un hombre y ella tiene un bonito trasero. ¿Qué se le va a hacer?

Joan lo miró, horrorizada, mientras Deacon levantaba una ceja, sorprendido y un poco molesto.

¿Por qué había dicho eso si no era verdad?, se preguntó. ¿Por qué se estaba metiendo en aquel lío? No tenía ni idea.

Pero cuando miró a Hannah, le pareció ver reflejados en sus ojos no sólo los fuegos artificiales, sino el fuego del infierno.

-¿Lo pasaste bien anoche?

Hannah, que estaba pelando patatas, se detuvo al oír la pregunta de Joan.

-¿Anoche?

-Sí, lo de anoche fue memorable, ¿verdad?

-Ah, te refieres a los fuegos artificiales.

-Claro, ¿a qué otra cosa iba a referirme? -sonrió la anciana-. Quizá el efecto de la luna azul no siempre dicta el destino de una pareja, después de todo.

-Espero que no -murmuró Hannah-. La idea de que el engreído de Jerric y yo estemos destinados a ser una pareja es sencillamente insoportable.

-Entonces, ¿de verdad te gusta Deacon?

-Claro que me gusta. Es encantador.

Ojalá estuviera loca por Deacon. Era un hombre que merecía ser admirado y querido. El pobre enviudó trágicamente, a los seis meses de la boda, cuando atracaron el banco en el que trabajaba su esposa. Esa tragedia, le había contado Joan, había hecho que Deacon dejara su trabajo en la construcción para convertirse en comisario.

Desde la muerte de su esposa, ocho años antes, se había dedicado por completo a su trabajo y apenas salía con nadie. Era un héroe local, y aunque las mujeres de Delaware estaban siempre intentando presentarle a sus hijas y a sus nietas, evidentemente Deacon aún no había olvidado a su mujer. Pero según Joan, estaba inusualmente simpático la noche anterior.

Y Hannah se sintió culpable. ¿Por qué no le gustaba Deacon Vance? ¿Por qué le gustaban los hombres que no sólo eran idiotas, como Milo, sino dominantes y despreciativos como Roth?

-Cariño, eso ya no es una patata, es un guisante -dijo Joan entonces, apretando su mano para detener el frenético pelado.

-Ah, no me había dado cuenta. Perdona.

-No debería hablarte de Deacon. Evidentemente, el recuerdo te vigoriza.

A Hannah le habría gustado contarle la verdad. 0, al menos, no dejar que se hiciera ilusiones. Pero estaba segura de que con Roth por allí no podría prestarle a Deacon la atención que merecía. Su radar para los hombres buenos estaba recibiendo electricidad estática.

-El comisario es uno de los hombres más guapos que he conocido. Y de los más simpáticos -admitió-. Roth Jerric es arrogante, vanidoso e interesado. No puede compararse con Deacon Vance, así que la luna azul ha metido la pata esta vez.

-¿Interrumpo?

Hannah tuvo que morderse los labios al oír esa voz. No porque no fuera melodiosa y masculina, que lo era, si no porque había vuelto a insultar a Roth y él la había oído.

-No, no, qué va -sonrió Joan-. Hannah y yo estábamos charlando.

-Sí, ya lo he oído. Pero sigan, sigan. Sólo venía a buscar una taza de café para Mona.

-Acabo de hacer café, qué suerte. Es un detalle que sea tan amable con Mona.

El no respondió, sencillamente se acercó a la cafetera y llenó una taza. Luego se volvió hacia Hannah.

-Buenos días.

0 no la había oído o no le importaba en absoluto su opinión, pensó ella. Pero debería importarle. Si el mundo fuera justo, su pobre opinión sobre él debería obsesionarle tanto como le obsesionaba a ella. Excepto el comentario sobre el trasero... un comentario que, por mucho que quisiera, no podía quitarse de la cabeza.

-Era un buen día... hasta hace poco -contestó, volviéndose para seguir matando... pelando patatas.

-Qué irónica. Pues para mí el día acaba de mejorar.

Cuando salió de la cocina, Hannah dejó de pelar. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Que para ella el día se hubiera oscurecido era una buena noticia para Roth? ¿0 podría haber sido otra bromita sobre su trasero? Quizá no debería haberse puesto aquel pantalón corto tan ajustado, pensó.

En cualquier caso, le habría gustado darle una bofetada.

0, al menos, eso era lo que debería querer.

CAPÍTULO 5

HANNAH nunca había sido más que una pintora aficionada, pero como la pobre Joan tenía artritis, ella podría pintar el vestíbulo mejor que su anfitriona. Y, sobre todo, más rápido. De modo que, después de desayunar, se puso manos a la obra.

Lo malo era que no tenía instrumentos adecuados para rellenar los agujeros que habían dejado los cuadros de Mona... y de algún otro residente, y tuvo que meter la masilla con la punta de un peine rosa que había encontrado en su bolso. No quedaba mal, pero tampoco era un trabajo de profesionales.

Después de tomar un café, miró su reloj. Las diez y media. La masilla ya estaría seca, pensó. Con ayuda de un cuchillo, empezó a abrir una lata de pintura blanca...

-¿Qué haces?

La voz era indiscutiblemente familiar. Roth Jerric. ¿Quién si no?

-Componiendo una opereta. ¿Tú qué crees? -replicó, tuteándolo, como había hecho él.

-¿Qué son esos bultos en la pared?

-¿Qué bultos?

-Ésos -contestó Roth.

-No son bultos.

-¿Ah, no?

-No. Es más bien que la pared no está... completamente plana. He aplastado la masilla con un peine.

-Ah, con un peine -replicó Roth, irónico.

-No tengo instrumentos, así que no podía hacer nada más. Y no hay bultos. Es sólo una ilusión óptica.

-No está mal, pero habría que lijarlos. Si no, se verán los bultos cuando pintes.

Hannah dejó escapar un largo y doliente suspiro.

-Mira, a nadie le gustan más tus críticas que a mí, pero yo no veo ningún bulto. Además, cuando colguemos los cuadros, no se verá nada. Y Joan no tiene lija, así que...

-Hay muchas cosas que no tiene. Y que necesita -dijo Roth entonces-. Espera, no abras la lata de pintura todavía. Tengo una idea.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Hannah-. ¿Crear papel de lija de la nada?

-Espera -Roth le guiño un ojo y entró en la cocina.

Le había guiñado un ojo. ¿Por qué le había guiñado un ojo?

-La pared no tiene bultos -murmuró, abriendo la lata-. Además, ¿por qué voy a hacerle caso? No es culpa mía que Joan no tenga

papel de lija. Sólo tengo un peine, qué se le va a hacer. ¿Qué quiere, que me disculpe por no llevar lija en el bolso? Además, sólo un maníaco de la perfección se habría fijado en los b... en que no toda la pared está igual de lisa...

-Aquí está -dijo Roth entonces, interrumpiendo su discurso.

-¿Qué es eso?

-Papel de lija casero.

-Es paja.

-Pruébalo, verás como funciona -Hannah se encogió de hombros sin mirarlo siquiera-. Muy bien, lo haré yo.

Sorprendentemente, después de pasar la paja aquella por la pared, adquirió un aspecto más liso.

-¿Lo ves?

Hannah sintió cierto resentimiento. No le gustaba admitir que la pared tenía bultos y que aquellos hierbajos habían conseguido alisarlos.

-¿Has dicho algo?

-No.

-Tú puedes empezar a pintar. Yo seguiré lijando -sonrió Roth.

-Como quieras -murmuró ella. No pensaba decir nada más, no pensaba darle la razón.

Lo que le faltaba. Pero... ¿de dónde habría sacado esa paja? ¿Y qué sabía él de papel de lija si se dedicaba al petróleo? Irritada, metió la brocha en el bote de pintura blanca, pero no podía contener la curiosidad.

-Bueno, a ver, ¿qué es eso con lo que estás lijando?

Él no respondió. Ni siquiera lo oía lijar. ¿Dónde se había metido?

Sorprendida, se volvió... y se encontró con Roth Jerric a su lado. Pero muy a su lado. Tanto que le plantó la brocha en la camiseta.

-Perdón. Lo siento. Es que no te había visto...

Al apartar la brocha a toda velocidad, una mancha de pintura cayó en su propia camiseta. Una mancha de húmeda pintura que, de repente, hizo que la camiseta blanca pareciese transparente. Ah, genial. ¿Podía meter más la pata?

Sin embargo, él parecía menos enfadado que sorprendido. Hannah tragó saliva.

-Dicen que si apoyas tu oreja en la mía, puedes oír el mar.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué había dicho eso? ¿Qué quería, que además de mediocre la llamara idiota?

Pero, curiosamente, Roth se inclinó para poner la oreja sobre la suya.

-No oigo nada.
-Era una broma.
-Ya. Es esparto.
-¿Eh?
-La hierba, es esparto.
-Ah, la paja...
-¿Te pasa algo?
-No, no...
-Estás muy colorada. Siéntate un rato, espera, dame la brocha...
-¡No! -exclamó Hannah, apretando la brocha contra su pecho.
-¿Por qué? Te has manchado la camiseta.
-No importa.
-No seas boba. Dame la brocha...
-¡No!
-¿Se puede saber qué te pasa?
-Que no llevo sujetador.
-¿Y qué?
-Que como se ha manchado de pintura, ahora es casi transparente.
-Ah, ya veo -murmuró Roth-. Bueno, siéntate, no pasa nada.
-Claro que pasa. Te he estropeado la camiseta... pero te la pagaré.
-Es una camiseta vieja.
-Da igual. Y déjalo, yo puedo terminar de lijar.
-¿No vas a cambiarte?
-¿Para qué? Esta camiseta ya está estropeada...
-Pensé que te daba vergüenza...
-Si te vas, no habrá ningún problema.
-Ah, ya entiendo. Bueno, pues voy a terminar de lijar.
-No... déjalo. Márchate.
Roth arrugó el ceño, como si estuviera a punto de discutir. Pero no lo hizo.
-Toma -murmuró, ofreciéndole el esparto.
-Gracias.
-Mi padre solía usar esparto para lijar las puertas cuando yo era pequeño. Con esto podrás terminar todo el vestíbulo.
Hannah lo estaba oyendo, pero no podía dejar de mirar sus dedos, que apretaban los suyos, mientras le pasaba el montón de paja.
«Suelta mi mano», pensaba. Pero no quería decirlo en voz alta. ¿Qué le estaba pasando? Debía ser la pintura, que estaba mareándola.

-Por favor... márchate.

Él se quedó en silencio un rato, mirándola.

-Muy bien. De acuerdo.

Hannah tuvo la impresión de que le dolía decir eso. ¿Por qué? No, imposible. Tenía que ser la pintura, seguro.

Le oyó pisar los papeles de periódico que había puesto en el suelo del. pasillo y, unos minutos después, fue capaz de abrir los ojos. Luego apretó la masa de esparto, que estaba calentita.

Ojalá no lo estuviera, porque sabía a quién pertenecía ese calor.

-Incluso a un estúpido hierbajo le cuesta librarse de ti -murmuró con tristeza.

Qué sorpresa, pensó Hannah, desconcertada al ver el coche del comisario Vance en la puerta. Y se preguntó, apoyándose en la barandilla del balcón, qué plan habría inventado Joan para hacer que su supuesta alma gemela fuese al hotel aquel día.

El día anterior Deacon apareció tras la frenética llamada de Joan porque había visto una manada de lobos merodeando por el hotel.

Naturalmente, la manada de lobos había resultado ser una cierva con sus cervatillos. Y como era la hora de la cena, Deacon se quedó.

¿Qué otra catástrofe habría inventado Joan aquel día? ¿Un asesino psicópata, un tigre escapado de algún circo?

Hannah miró su reloj. No eran ni las ocho de la mañana. Aunque ya hacía calor. Incluso con la bata de algodón, sin nada debajo más que el sujetador y las bragas, empezaba a sentirse pegajosa por la humedad.

Se volvió para entrar en la habitación, pero se quedó parada al ver a Roth observándola. Estaba apoyado en la puerta del balcón y no llevaba más que unos calzoncillos azules.

-Buenos días.

Hannah tragó saliva.

-Buenos días.

-Ya veo que vuelve El Llanero Solitario. ¿Qué tal va el romance?

-¿No me digas que estás celoso?

Ella misma se quedó sorprendida por la pregunta. ¿Por qué había dicho eso? Había querido decir: «Divinamente».

-Sí -contestó él entonces, dando un paso adelante.

Hannah experimentó una inesperada emoción. Por una vez, parecía hablar en serio. Pero, por muy guapo y muy sexy que fuera con esos bíceps y ese estómago plano, ella tenía disciplina suficiente como para dar marcha atrás... lo cual no era de mucha ayuda

porque detrás tenía la barandilla del balcón.

-Y no me gusta estar celoso.

Ella sintió una especie de hormigueo en el estómago. Sus ojos, de un azul precioso, parecían llenos de apasionadas promesas.

-No he venido aquí para tener una aventura. Y tú me provocas... me haces perder el control.

Y después de decir eso, inclinó la cabeza para buscar sus labios.

Oh, esos labios. El mínimo roce y a Hannah se le olvidaba el sentido común. Y todo lo demás. Una vocecita le recordaba la promesa de que aquel otro beso iba a ser el único que... ¿qué? Las palabras se mezclaban en su cabeza y sólo podía pensar en la caricia abrumadora de esos labios.

Sentía su piel, cálida bajo sus manos, y se dio cuenta de que le había pasado los brazos por la cintura. También él movía las manos. Una acariciaba su pelo y la otra se deslizaba por su espalda, cerrándose íntimamente sobre su trasero. Hannah tembló por la descarada familiaridad, pero nada de lo que Roth hacía despertaba las alarmas.

Ya no oía la vocecita en su cabeza, no experimentaba deseo alguno de ser rescatada del cordón de sus brazos.

Abrió la boca y el beso se hizo más profundo, más apasionado; sus lenguas se acariciaban, se enredaban lánguidamente. Nada podría haberla preparado para un beso así.

Lo oyó gemir entonces y notó que se apartaba un poco.

-Vamos dentro.

Un instante después sintió que tiraba de ella hacia la habitación, casi sin darse cuenta de lo que estaba pasando. Todo se volvió más oscuro, más fresco. Hannah parpadeó, intentando concentrarse... Sintió que se apartaba del suelo y emitió un gemido al perder pie.

Lo oyó reír entonces, mientras la apretaba contra su pecho.

-Sólo estamos cambiando de sitio -le dijo Roth al oído-. Ahí fuera había demasiado público.

Ella lo miraba como si estuviera soñando. É1 sonrió y Hannah le sonrió también. Tenía una sonrisa tan irresistible, con esos hoyitos en las mejillas...

Una vez en la cama, Roth se inclinó sobre ella y acarició su cara mientras Hannah respiraba el olor de su piel. Sus ojos, rodeados de pestañas oscuras, brillaban de deseo.

-Mejor que el desayuno... -murmuró, buscando su boca de nuevo con una urgencia provocativa.

¿Mejor que el desayuno? ¿Qué quería decir con eso? De repente, algo en la cabeza de Hannah se colocó en su sitio. ¿Que era mejor

que el desayuno? ¿Se refería a... al sexo?

¿Estaba sugiriendo que iban a perderse el desayuno porque iban a acostarse juntos?

-Oh...

«Hannah Hudson, ¿qué estás haciendo?». No le gustaba nada la repuesta a esa pregunta. Parecía sugerir cosas que no podrían haber sido posibles media hora antes ni en el sueño más extraño.

Pero ¿estaba en su cama? ¿Estaban besándose, tocándose? ¿Estaban las manos de Roth en lugares íntimos en los que no deberían estar sin previa invitación? Tristemente, la respuesta a todas esas preguntas era «sí».

Sí, sí y sí.

Hannah abrió los ojos, desconcertada. El hecho de que pudiera atraerla un hombre al que odiaba la devolvió a un estado de cierta racionalidad.

-No -murmuró, pero el sonido que salió de su garganta era más bien un gemido. Estaba tan débil... tan dispuesta.

«¡Pero no con él. Es Roth Jerric!», se recordó a sí misma. «¡No le des la satisfacción de dejar que pisotee tu confianza para luego seducirte! ¿Cómo se puede ser tan irracional?».

¡No! -exclamó entonces-. ¡Quiero que pares!

El rió, un sonido cargado de intención.

-No te preocupes, cariño. Ya sé que no quieres que pare -murmuró, apretándose contra ella.

El peso de su cuerpo provocó una respuesta explosiva. Aquel hombre no tenía conciencia.

-No -insistió Hannah-. Suéltame -dijo entonces, empujándolo para ponerse de rodillas sobre la cama-. Por favor... ¿cómo puedes querer esto... de mí?

-Porque eres muy guapa y muy sexy.

Hannah se puso colorada hasta la raíz del pelo.

-¿Y no te importa nada más?

-¿Qué más debería importarme?

-¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza?

-¿Yo? ¿Por decir que eres guapa y sexy?

-¡No? -exclamó Hannah-. ¿Cómo pueden los hombres poner estas cosas en compartimentos diferentes? Si yo hago el amor con un hombre, tengo que admirar a ese hombre. Todo en él, no sólo..: pero veo que tus ideales se derrumban cuando te pones cachondo.

-¿Mis ideales? -repitió él-. No sé quién eres tú para hablar de ideales.

Hannah saltó de la cama.

-¿Qué quieres decir?

-Tenía la impresión de que me odiabas. Pero tú también estabas excitada, cariño.

Sí, era cierto. En aquel momento no estaba en posición de tirar piedras. Pero en su favor debía decir que había sido ella la que decidió parar.

-Al menos, yo he parado antes de que fuera demasiado tarde -replicó, apretándose el cinturón de la bata antes de dirigirse a la puerta.

Pero entonces pensó que salir de la habitación de un hombre en bata podía dar ideas equivocadas. Bueno, no equivocadas del todo, pero equivocadas en el sentido de lo que había pasado allí.

De modo que se dio la vuelta y, con la cabeza bien alta, salió al balcón.

-Me da igual la hora que sea. Voy a darme una ducha, ¿te queda claro?

No esperó respuesta, por supuesto. Y, unos minutos después, estaba temblando en la ducha, restregando cualquier señal que quedara de Roth Jerric en su cuerpo. Qué trágico que no pudiera borrar el recuerdo de su casi completa rendición tan fácilmente como la huella de sus manazas.

Cuando Hannah bajó a desayunar, Roth ya estaba en el comedor. Y Deacon también. Deacon... se le había olvidado por completo. Quizá porque se sentía perversa, culpable y extrañamente alegre al mismo tiempo.

-Buenos días, dormilona -la saludó Joan-. Pensé que hoy no bajabas a desayunar.

Hannah se sentó al lado de Roth, sin mirarlo.

«No te sientas culpable», pensaba. «No has engañado a nadie. Simplemente has sido una boba». Pero ¿cómo había podido estar a punto de...? No quería ni pensarlo.

-Buenos días -la saludó Deacon. ¿La miraba con un brillo de suspicacia policial en los ojos? ¿Sabría algo? ¿Habría dicho algo Roth?

«No, no seas tonta. Primero, ni siquiera él sería tan canalla. Segundo, si hubiera dicho algo, Joan estaría en el suelo, en coma».

-Buenos días, Deacon. Siento haber llegado tarde, estaba...

Loca, debería decir.

-Ya lo sabemos -sonrió Joan-. Roth nos lo ha contado.

Hannah lo miró, asustada. ¿Qué había dicho? ¿Qué había

largado aquel bocazas?

-¿Ah, sí?

-Sí, nos ha contado que es culpa suya que bajases tarde.

-Sí, bueno...

No podía haberles contado la verdad. Era imposible, ni siquiera él podría ser tan cerdo.

-Y debo admitir que está bien tener a un hombre con tanto talento en el hotel -sonrió Joan.

Hannah se puso enferma. ¿A qué talento se refería? Pero qué típico de Roth hacerse la estrella en cualquier situación, fuera la que fuera.

-Menos mal que, al final, no ha pasado nada.

Hannah miró a su anfitriona con los ojos como platos.

-No, claro...

-Ha podido recuperar su anillo. Qué suerte que tuviera herramientas para desmontar la tubería del lavabo.

Hannah miró a Roth.

-Está como nuevo -dijo él con una sonrisa que era una mera muestra de dientes. En sus ojos había un brillo oscuro que Hannah no se atrevía a descifrar-. Les he contado que has tenido que ducharte más tarde de lo normal porque yo estaba maniobrando para recuperar mi anillo.

Ella tragó saliva. Maniobrando, desde luego.

Pero como no se le ocurría qué decir, se encogió de hombros.

-Hablando de hombres con talento -siguió Joan-. Deacon ha pasado por aquí para arreglar el tostador. Antes lanzaba las tostadas hasta el techo, pero ahora funciona bien gracias a él.

-Yo estoy encantado de echar una mano, ya lo sabe -sonrió el comisario.

Hannah intentó sonreír, pero no le salía. Tener a Roth tan cerca y acordarse de las maniobras...

-¿Hannah? -la llamó Deacon, interrumpiendo sus pensamientos.

-¿Eh?

-Joan se ha ofrecido para organizarnos un picnic y me gustaría saber si querrías ir conmigo.

-¿Hoy?

-Si te parece bien.

Hannah miró a Joan. La anciana sonreía como un atleta olímpico que hubiera ganado una medalla de oro.

-No tienes otros planes, ¿verdad, querida?

-Pues yo...

-Pollo frito, ensalada de patatas, tomates verdes fritos y pastel -

la animó Joan-. Por supuesto, nosotros tendremos el mismo menú... pero aquí.

Hannah se sintió atrapada, pero considerando la alternativa, comer con Roth, decidió que un picnic con Deacon sería mucho menos estresante.

-Pues claro. Si tú no tienes que trabajar...

-Puede tomarse unas horas libres. Tiene un equipo muy bueno -la interrumpió Joan.

Deacon sonrió con esa sonrisa que, seguramente, hacía que a muchas mujeres les fallasen las rodillas. Ojalá le pasara a ella.

-Los jueves no suele haber muchos delitos -bromeó.

-Ah, no sabía yo eso -dijo Roth.

Hannah reconoció el sarcasmo.

-Seguro que el comisario no hablaba de estadísticas nacionales.

-Cierto. Me refería sólo al condado de Delaware -explicó Deacon.

-Ah -Roth asintió, como si hubiera descubierto algo terriblemente importante.

Aquella vez Hannah no pudo contenerse y le dio una patada por debajo de la mesa.

_¡Ay!

-¿Ocurre algo, señor Johnson? -preguntó Joan.

-No, no... es que me he mordido la lengua.

-Qué pena -dijo Hannah-. Es horrible morderse la lengua, ¿verdad? Espero que no vuelva a pasarte.

-Gracias, señorita Hudson, su preocupación me llega al corazón.

-De nada. Y lo digo en serio, no tienes que darme las gracias por nada en absoluto -sonrió Hannah, levantando su taza de café.

-Bueno, pues muy bien -Roth se apoyó en la mesa para levantarse-. Si no me necesitan para nada, tengo que ir a Grove.

-Creo que podremos apañárnoslas -murmuró ella entre dientes.

Joan soltó una risita. Y si Joan lo había oído, Roth lo habría oído también. Mejor. ¿Qué le importaba a ella?

-Hace siglos que no voy de picnic, Deacon. Me encanta que me hayas invitado.

Se sentía tan aliviada cuando Roth por fin salió del comedor, que estuvo a punto de pestañear con coquetería para el comisario.

CAPÍTULO 6

EL PICNIC de Hannah y Deacon terminó abruptamente, gracias a que... debido a que un camión cargado de abejas, panales y miel había volcado en la carretera, causando un caos de mil demonios.

Cuando entró en el hotel, dos cosas llamaron su atención: el olor a pintura y un choque frontal con Joan Peterson.

Pero la colisión con Joan fue más un abrazo emocionado que un golpe, en realidad.

-¿Qué tal ha ido?

La anciana parecía emocionada. La pobre estaba convencida de que Deacon y ella estaban hechos el uno para el otro... Ojalá la vida fuera tan sencilla.

No se entendía a sí misma. ¿Por qué, de entre todos los hombres del mundo, tenía que sentirse atraída por Roth Jerric?

-El picnic ha estado muy bien y la comida era maravillosa.

-Gracias, querida -sonrió Joan.

Hannah prácticamente podía leer la pregunta en sus ojos: «¿Te ha besado?».

-Pero ha tenido que irse antes de tiempo. Ha habido un accidente en el puente.

-Ah, vaya. Qué pena.

En realidad, no era tanta pena. Deacon podía sentirse ligeramente atraído por ella, pero estaba claro que aún seguía de luto por la muerte de su esposa. Hannah tenía la impresión de que el comisario intentaba sentirse atraído por ella. Quizá pensaba que había llegado el momento de rehacer su vida y ella había aparecido en el horizonte en el momento adecuado.

-Voy a tomar un baño. Y luego te ayudaré a hacer la cena.

-Muchas gracias. Así me lo contarás todo.

Hannah hizo una mueca. Aparentemente, el «no, no me ha besado» iba a quedar colgado sobre su cabeza durante un rato.

-Ah, por cierto. Tengo una buena noticia sobre el señor Johnson.

-¿Ah, sí?

¿Por qué la mera mención de su nombre... que ni siquiera era su nombre, hacía que su corazón se acelerase?

-¿Se ha marchado del hotel?

-No, no. Pero ya no vamos a estar enfadadas con él porque ha hecho una cosa estupenda.

-¿Qué ha hecho?

-Ha ido al pueblo y ha pagado mis impuestos atrasados. ¿A que es maravilloso? Y yo pensando tan mal de él... Me siento avergonzada.

Hannah arrugó el ceño. Ella no era una inspectora de Hacienda, pero tenía la impresión de que aquel gesto «estupendo» era más manipulador que otra cosa.

-¿Te lo ha dicho él mismo?

-Sí -contestó Joan-. Dice que quiere ayudarme.

-Ya.

No dijo nada más, pero tenía la certeza de que Roth estaba poniendo los cimientos para llenar sus propios bolsillos. Después de algún tiempo, podría utilizar esos certificados de impuestos para robarle la casa... Pero no le diría nada hasta que hubiese hablado con él.

-No debemos pensar mal del señor Johnson.

-¿Dónde está? -preguntó Hannah-. Me gustaría decirle lo estupendo que es.

-Creo que está en su habitación.

-Muy bien. Bajaré dentro de un rato.

-No hay prisa, querida.

Cuando llegó frente a la puerta de su habitación, Hannah vaciló un momento.

-Cuenta hasta tres -murmuró para sí misma-. No pienses lo peor. Sencillamente, pregúntale con qué intención ha pagado esos impuestos. Y si contesta algo que no sea «porque quiero robarle el hotel como la rata que soy» te cargas a ese cerdo.

Respirando profundamente, Hannah llamó a la puerta.

-¿Sí?

-¿Puedo pasar? Una pausa.

-Por supuesto.

Por supuesto, y como era de esperar, Roth estaba tumbado en la cama, con las manos detrás de la cabeza, tan pancho.

-Qué placer tan inesperado.

-No he venido a charlar.

-¿No?

-No. Vengo por un asunto de negocios -contestó Hannah.

-¿Una proposición?

-No, sólo una pregunta. ¿Por qué has pagado los impuestos atrasados de Joan? Y no me mientas.

-¿Por qué iba a mentirte?

-No evites la pregunta haciendo otra pregunta.

-Muy bien, sí, he pagado esos impuestos.

-¿Por qué?

Roth arrugó el ceño, como decepcionado de que Hannah tuviera que preguntar. Pero no dijo nada.

-Entonces, tengo razón. Estás intentando robarle el hotel.

-Tendrá mucho tiempo para pagar lo que debe. Si lo hace, se quedará con su hotel y yo recibiré un dividendo del ocho por ciento. Es una inversión.

-Tú sabes que Joan no tiene dinero.

-Yo no sé nada sobre las finanzas de la señora Peterson.

Hannah dejó escapar un largo suspiro.

-¿Cómo puedes ser tan desalmado? Esta es su casa. Tú sabes lo que siente por este hotel.

Roth se levantó de la cama.

-También fue mi casa una vez. Cuando era pequeño. Es sólo una casa, Hannah. Además, si va a perderla, ¿no crees que es mejor que la compre yo? Al menos, yo puedo ofrecerle un dúplex con vistas al lago sin que tenga que pagar un céntimo en toda su vida.

-Sin pagar un céntimo y sin recuerdos, sin encanto, sin felicidad -le espetó ella.

-¿Prefieres que un extraño compre el hotel y la deje en la calle?

-Pero... pero merece la pena conservar La Luna Azul tal y como está, con su encanto, con sus años...

-Con sus cañerías ruidosas, sus paredes desconchadas, el tejado que se cae.

-Sí, todas esas cosas también; más el bosque, las ruinas de la abadía, el porche. Incluso el balancín que cruje. ¿Cómo pueden no gustarte las bañeras de hierro y los suelos de nogal? Si una vez fue tu casa, entonces tú más que nadie deberías entenderlo.

-Es absurdo dejar que las emociones se mezclen con los negocios.

-Las emociones son parte de la vida -replicó ella-. Incluso en los negocios. Para las mujeres tiene mucho que ver con cómo te perciben en el trabajo. Y cuando tu jefe piensa de ti que... -Hannah no terminó la frase-. Deberías abrirte, enterarte de lo que es vivir de verdad, ser humano por una vez en tu vida. Intentar sentir un poquito.

Él rió, pero la risa sonaba amarga.

-¿Sentir? Te aseguro que sé lo que es sentir. Y es un error que no pienso cometer otra vez.

-¿Otra vez? -repitió ella-. ¿Estás diciendo que tú conoces el dolor, el fracaso, las penas de la vida? ¡No te creo!

-Me da igual lo que tú creas -dijo Roth entonces, dando un paso adelante.

-No te acerques más.

-No voy a atacarte.

Hannah lo sabía, pero no pensaba explicarle el problema que le producía su proximidad.

-¿Sabes una cosa? Voy a ofrecerle mis servicios a Joan. ¡Soy una buena directora financiera, aunque tú pienses que soy mediocre!

-¿Te importaría dejar de decirme lo que pienso? Además, ¿cuándo he dicho yo...?

-No me interrumpas -lo interrumpió Hannah.

Estaba horrorizada de haber dicho aquello en voz alta. Pero, además, se había dado cuenta de otra cosa. De repente, lo veía todo claro. Ésa era la respuesta a todas sus preguntas. Se encontraba sin rumbo antes de ir allí, pero ahora tenía una misión: salvar el hotel de Joan Peterson.

Trabajar allí no tendría nada que ver con trabajar en la ciudad. Un pueblo pequeño donde todo el mundo se conocía, donde todo el mundo se trataba como si fuera de la familia... de repente, eso era exactamente lo que le apetecía hacer.

Sí, por supuesto que sí. Dirigir La Luna Azul era la respuesta.

-Si Joan quiere, voy a dirigir este hotel. Y haré que dé beneficios. Ya lo verás.

Ella no era una ejecutiva mediocre, y conseguir que la cuenta de Joan dejara de estar en números rojos lo demostraría.

-Y no se preocupe, señor Jerric, usted recibirá su ocho por ciento... y nada más.

Él sonrió, irónico.

-Joan no puede pagarte un salario.

-Trabajaré por la comida y el alojamiento hasta que deje de tener la cuenta en descubierto.

Roth la miró, sorprendido.

-¿Por qué vas a meterte en algo que no te concierne en absoluto?

-Ahora me concierne. Pienso evitar que compres este hotel... por amor.

-¿Por amor? ¿En un par de días te has enamorado de este sitio tanto como para dejarlo todo? ¿Cómo para tirar tu carrera por la ventana por una causa perdida?

-¡Sí! -exclamó Hannah-. Por el ideal de mantener un sitio pequeño, diferente, con encanto. Para que no lo compre una multinacional como la tuya, lo arriesgaría todo.

Él sacudió la cabeza.

-Sí, creo que pegas mucho aquí. Tú también estás loca.

-Prefiero estar loca que ser una imbécil.

Roth apretó los labios y después, sin decir nada, la levantó del suelo.

-Esto ha sido muy divertido. Pásate por aquí cuando quieras.

Un segundo después la dejaba en el pasillo y cerraba de un portazo.

Hannah bajaba al primer piso después de darse una ducha cuando oyó un gemido. Pensando que Joan se habría quemado o algo peor, salió corriendo escaleras abajo y entró en la cocina como una tromba.

-¿Qué ha pasado?

-Es Missy -contestó Joan, llorando-. Ha desaparecido. Es vieja, tiene artrosis y está medio ciega... Pero no sé cómo ha salido de la casa. Y no la encuentro, Hannah -sollozó la mujer-. La he llamado, pero no viene y me da miedo que le haya pasado algo...

-No te preocupes, seguro que aparece enseguida. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Quieres que la busque?

Joan arrugó el pañuelo que tenía en las manos.

-No sé qué otra cosa podemos hacer. Seguramente se habrá desorientado. Como no ve, la pobre... Debe estar por ahí asustada, quizá herida.

-Voy a buscarla ahora mismo.

-Sí, por favor. Está herida, seguro que está herida. 0 muerta. 0 ahogada. La pobre Missy ya no puede nadar...

-Por favor, no pienses eso -la interrumpió Hannah-. Voy a buscar a Mona...

-Mona ya está buscándola -dijo la anciana, señalando hacia la abadía-. Por ahí. Roth y tú deberíais ir hacia el bosque. Yo iré por la carretera.

¿Roth y ella?

-Esto, verás... -Hannah iba a decir algo, pero se lo pensó mejor-. Nada, nada. Voy a llamar a Roth. ¿Dónde está?

-Se había ido a nadar un rato, pero creo que ha subido a su habitación a vestirse.

-Muy bien, no te preocupes. Voy a buscarlo y en menos de una hora estaremos de vuelta con Missy, ya lo verás.

Hannah salió corriendo de la cocina y, cuando llegó frente a la puerta de Roth, intentó recomponerse un poco. Lo último que le apetecía era volver a llamar a su puerta, pero...

-Roth, tengo que hablar contigo. Ahora mismo.

Un segundo después se abrió la puerta. Y allí estaba Roth Jerric, desnudo de cintura para arriba, con el torso mojado, el pelo húmedo de la ducha, echado hacia atrás. Parecía un actor de cine.

¿Se habría estado duchando de verdad o habría pasado una hora delante del espejo poniéndose gel en el pelo y echándose agua en el torso por si acaso alguna mujer llamaba a su puerta?

Qué pensamiento tan absurdo.

-¿Qué ocurre?

-Yo... esto... Joan...

-No, tú Hannah, yo Roth -sonrió él-. Y ahora que hemos dejado eso claro, ¿vas a decirme qué querías?

Hannah tuvo que contenerse para no darle un puñetazo que le destrozase el peinado que, seguramente, se había estado colocando delante del] espejo durante una hora.

-Missy se ha perdido y la pobre Joan está muy disgustada.

-¿La perra?

-Mona está buscándola por las ruinas de la abadía y Joan quiere que nosotros busquemos por el bosque. No ha sido idea mía ir contigo, antes de que digas nada. Se le ha ocurrido a Joan. Ella va a buscar por la carretera.

Roth asintió con la cabeza..

-Esa perra ha vivido aquí toda su vida. No creo que se haya perdido.

-Me parece que no lo entiendes -dijo ella entonces, en jarras-. La perra está perdida o herida en alguna parte y tenemos que buscarla. Claro que si no te apetece...

-Yo no he dicho eso. Sólo digo que esa perra lleva aquí toda su vida y que los perros que viven en el campo están acostumbrados a los espacios abiertos. Estará por ahí dando una vuelta.

Hannah no podía creer lo que estaba oyendo.

-Missy es artrítica y está casi ciega. Y no sale del hotel. ¿La has visto alguna vez sola, sin Joan? No se mueve de su lado. ¿Cómo puedes sugerir que se ha ido a dar una vuelta? Es absurdo.

-No es absurdo, es lo que pienso. No hace falta ponerse histérica...

-¿Quién se ha puesto histérica? De verdad, eres un tipo desalmado. No puedo creer que casi...

-¿Casi qué?

-Casi nada -contestó ella, dándose la vuelta. Missy podría estar herida y no tenía sentido perder el tiempo con aquel arrogante sin corazón.

-¡Iré al bosque yo sola! -le gritó-. ¡Y ya sabes dónde puedes irte tú!

Durante el desayuno nadie dijo una palabra. Hannah había frito unos huevos y un poco de beicon, además de servir el plato de cereales de Mona, porque Joan estaba demasiado agotada y demasiado triste como para hacer nada. Missy no había aparecido y la pobre mujer sólo podía llorar y repetir el nombre de su perrita.

Deacon se había unido a la búsqueda por la mañana, pero no encontraron ni rastro de Missy. Hannah intentó comer, pero tenía un nudo en la garganta.

Roth no había aparecido, afortunadamente. Hannah estaba furiosa con él. Y viendo la pena de Joan podría haberlo estrangulado... incluso delante del comisario.

-Después del desayuno, iré a la finca de Wilson. Missy podría haberse metido allí. Y como son nuevos en la zona, no sabrían quién es su dueño.

-¿No lleva el número de teléfono en el collar? -preguntó Hannah.

-Podría haber perdido el collar -sugirió Deacon.

-Sí, claro, es verdad.

-Era un collar muy viejo -sollozó Joan-. Ve allí, Deacon. A lo mejor se ha metido en la finca y no sabe cómo salir.

Entonces oyeron la puerta de la cocina y luego un sonido milagroso... un ladrido. Missy. Enseguida oyeron el repiqueteo de sus uñas sobre el suelo de madera.

-¡Missy! -gritó Joan, levantándose-. ¡Mi niña, mi pequeña!

La perrilla gris se echó en sus brazos como si fuera un bebé, lamiendo su cara y gimiendo de alegría.

La pobre debía haber pasado mala noche porque tenía el pelo cubierto de barro. Pero, por lo demás, parecía estar bien.

Roth estaba en la puerta del comedor. Iba en vaqueros, con una camiseta del mismo azul que sus ojos. Tenía las botas y el pantalón llenos de barro y expresión de cansancio. En la cara también tenía barro, pero eso no le restaba atractivo, todo lo contrario. Lo hacía parecer más humano, más deseable.

Evidentemente, él había encontrado a Missy.

-¿Cómo lo has hecho? -preguntó Hannah.

-Buscando.

-¿Y por qué cambiaste de opinión?

-Una vez tuve un perro -contestó él-. Se perdió cuando yo tenía cinco años y mis padres no me dejaron ir a buscarlo. No volví a verlo nunca.

Luego se alejó por el pasillo y Hannah lo observo, atónita. Roth Jerric, un hombre dispuesto a robarle su casa a una anciana, se pasaba toda la noche buscando a una perrita decrépita.

Y el brillo de tristeza en sus ojos mientras contaba lo de su perro perdido la sorprendió también. Cuando dijo: «No volví a verlo nunca», toda la animosidad que sentía por él desapareció de repente, reemplazada por… no sabía por qué otra emoción, ni quería analizarla. Pero tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo tras él para besarlo una y otra vez.

Y una reacción tan intensa por un simple acto de generosidad la asustaba.

CAPÍTULO 7

LAS ÚLTIMAS veinticuatro horas no habían sido las más racionales en la vida de Roth. Desde la ilógica seducción de Hannah hasta el rescate de Missy, estaba actuando como si fuera otra persona, un hombre al que no conocía de nada.

Suspirando, se metió en la ducha para borrar todas las huellas de la noche anterior.

A las dos de la mañana había recordado una cueva en la que Missy podría haberse caído. Era una cueva casi invisible a menos que uno la conociera. Y a una perrita tan pequeña como Missy le sería imposible escapar de esa trampa. De niño, la había encontrado en una de sus excursiones de la manera más absurda... cayéndose en ella. Pero una vez descubierta, se convirtió en la cueva de un pirata, en una nave espacial o en el escondite de un forajido. En otras palabras, en el paraíso de un niño con mucha imaginación.

Así que, en honor del perro que perdió de niño, Roth se había pasado la noche intentando localizar la cueva de su infancia. El bosque había cambiado mucho con los años y no le resultó fácil, pero allí estaba, como había supuesto.

La satisfacción que había experimentado al ver a Missy, la alegría que sintió al sacarla de allí en sus brazos había compensado muchas cosas. Su sentimiento de culpa por no haber ido con Hannah, a buscarla, por ejemplo. Seguramente estaba enfadado por cómo se había ido ella por la mañana o por las sonrisas que le dedicaba al comisario.

Se había sentido dolido... y enfadado consigo mismo por sentirse dolido. De modo que cuando Hannah fue a buscarlo quiso pagar su frustración con ella.

Roth bostezó, tan cansado que apenas podía tenerse de pie en la bañera. Pero había vuelto allí buscando la alegría de la niñez, la emoción que sentía antes de convertirse en el responsable de una empresa petrolífera, y había encontrado esa alegría en sus planes para comprar el hotel de Joan.

Y entonces, como un ángel vengador, aparecía Hannah Hudson con su espada flamígera y su «Ah, no, de eso nada».

Encontraba su interferencia muy molesta y eso debería ser suficiente para mantener las distancias, pero verla en el balcón el día anterior le había vuelto loco. Esa maldita brisa moviendo la bata contra sus curvas, provocándolo y retándolo...

Y cuando lo miró, con aquellos preciosos ojos grises, fue como si algo lo hubiera golpeado en el pecho. Y en la cabeza, por lo visto.

Parecía haber un lazo entre ellos. Un lazo invisible hecho de

tensión, de tentación, de secretas miradas e impetuosos roces. Ese lazo los unía de forma inevitable. O eso había pensado hasta que Hannah lo detuvo bruscamente.

No estaba orgulloso de lo que había hecho, pero tampoco lo lamentaba. Si era sincero consigo mismo, se sentía confuso. El hecho de que ella estuviera decidida a ir en su contra lo sacaba de quicio, pero por alguna extraña razón, no lo sacaba de quicio lo suficiente como para no sentirse atraído.

¿Por qué? Ella sólo sería una conquista, una más en una larga lista de mujeres.

Pero no se había sentido confuso por ninguna de esas mujeres. Cuando terminaba la aventura, se había terminado y en paz. Incluso en alguna rara ocasión en la que no hubo sexo, no volvió a pensar en ello. Nunca se había sentido culpable, ni confuso, ni nervioso.

Y con Hannah Hudson... aquella exasperante e irritante Hannah Hudson... ¿por qué no podía quitársela de la cabeza?

-Necesito dormir -murmuró para sí mismo mientras abría la cortina de la bañera.

Pero, para su sorpresa, no estaba solo. Hannah estaba allí, en el baño, con los ojos muy abiertos y una expresión solemne, casi triste.

-¿Qué demonios...?

Ella no contestó inmediatamente. Después de un segundo, desabrochó el cinturón de su bata y la dejó resbalar sobre sus hombros.

-No se me ocurre una sola razón para estar aquí -susurró.

Si fuera un poco menos guapa, un poco menos tentadora, Roth podría haberse resistido. Pero verla allí, ofreciéndose a sí misma tan dulce y tan solemnemente a la vez hizo que le resultara imposible rechazarla.

Deseaba conocer esa belleza de la forma más íntima. Una belleza que un segundo antes había pensado que nunca conocería del todo.

El no era un hombre débil, pero en aquel momento, mirando los ojos de Hannah, le temblaba hasta el alma. Olvidándose del sentido común, tomó su mano y...

-Si estamos juntos -murmuró, metiéndola en la bañera con él- se nos podría ocurrir alguna razón.

Hannah sabía que su espontaneidad podía ser un defecto a veces, pero hacer algo tan absurdo y tan destructivo como meterse en esa bañera con Roth Jerric, sabiendo perfectamente que iban a hacer el amor... todo porque había rescatado a la perrita de Joan...

ése era el error más grande que había cometido en toda su vida.

-Idiota, idiota, idiota -susurraba, golpeando la almohada.

No era sólo idiota, sino IDIOTA, con mayúsculas.

Y, encima, el deseo de estar entre sus brazos otra vez la mantenía despierta. Con él, con Roth Jerric. Se odiaba a sí misma por ser tan frágil de carácter y de convicciones.

Inquieta y furiosa, saltó de la cama y se puso el pantalón corto y la camiseta que había llevado por la tarde. Necesitaba liberar energía.

De modo que bajó corriendo la escalera y tomó el camino que llevaba al lago. Había visto una barca de remos en la cala y tenía intención de usarla. En Jerric Oil solía ir al gimnasio todos los días para hacer bicicleta o remo, pero como allí no había bicicletas, una barca tendría que valer.

-Y no voy a pensar en lo que ha pasado esta mañana en la ducha -se dijo a sí misma.

Naturalmente, la palabra «ducha» despertó toda clase de sensaciones, sonidos y aromas. Cómo se había tomado Roth su tiempo explorándola, excitándola para darle placer. Y qué placer. Qué placer tan culpable.

Avergonzada, subió a la barca y se puso a remar con todas sus fuerzas, como si quisiera escapar de lo inevitable. Y, en su caso, lo «inevitable» eran los remordimientos.

Pero enseguida entendió que una máquina de remo en el gimnasio no tenía nada que ver con una barca de verdad. Mover aquellos remos costaba una enormidad, pero consiguió salir de la cala y adentrarse en el lago.

-¿Cómo he podido hacer eso con un hombre al que debería denunciar? -murmuró, perdida en sus pensamientos.

En medio de su desazón, Hannah notó algo extraño: tenía los pies mojados. No la humedad que sintió al poner los pies en la arena de la 'cala, sino como si estuvieran... en el agua. Lo cual no podía ser porque ella tenía los pies dentro de la barca.

De vuelta a la cruda realidad por esta ironía, Hannah miró sus extremidades inferiores. Tenía agua hasta los tobillos. Entonces llegó a una conclusión: la barca tenía una vía de agua.

Y Hannah, que no nadaba demasiado bien, se enfrentó con una amarga verdad: la barca se estaba hundiendo.

En el lago, de noche, en la más absoluta soledad.

Y debía ser una vía grande porque unos minutos después, mientras intentaba volver a la orilla, el agua le llegaba por la cintura. Unos segundos más tarde la barca empezó a volcar y, en un

intento desesperado por mantenerse a flote, Hannáh se agarró a la proa que, por algún milagro, permanecía fuera del agua. Quizá porque había aire atrapado, quizá por sus plegarias... y había rezado muchas en pocos minutos, todas las que recordaba. Fuera cual fuera la razón, era un respiro... por el momento.

Al apoyarse en la proa se hundió un poco y le entró agua en la nariz. Hannah tosió y escupió agua, buscando aire. Por fin, cuando pudo respirar, se dio cuenta de que le dolían los brazos. No iban a servirle de mucho si tenía que nadar hasta la orilla...

Aunque tenía agua hasta las orejas, le pareció que alguien gritaba su nombre. ¿Era un ángel? Sin saber si estaba alucinando o no, se giró hacia el sonido. Parecía llegar desde arriba...

¿Desde el cielo?

-Hannah, agárrate.

Esa voz sonaba más terrena que angelical. Y muy familiar. Veía a alguien nadando hacia ella y bajo la luz de la luna no le resultó difícil averiguar quién era. ¿Cómo había sabido Roth dónde estaba? Además de todo, ¿tenía poderes telepáticos? ¿0 sus plegarias habían sido menos silenciosas de lo que creía? ¿Se habría puesto a gritar un Padrenuestro?

Entonces se enfadó consigo misma. ¿Cómo podía haberse asustado tanto?

«Hannah Hudson, tú sabes nadar. No muy bien, pero sabes nadar». ¿Vas a comportarte como una tonta otra vez? ¿Vas a dejar que piense que, además de mediocre, eres una tarada?».

Ojalá pudiera hacerlo desaparecer con un parpadeo. Pero ella no era Embrujada.

-¿Qué haces aquí? -le espetó-. Vete a la cama, estoy perfectamente.

-¿Qué?

-Vete a la cama -repitió Hannah-. Estoy bien.

-Entonces, ¿por qué gritabas «Socorro» a pleno pulmón?

Era difícil contestar a esa pregunta.

-Porque me asusté por un momento. Pero puedes irte, ya estoy bien.

-¿Ah, sí? ¿Y qué haces agarrada a una barca que se está hundiendo?

-Estaba respirando un poco...

-Pues espero que hayas respirado bien, porque la barca se está hundiendo del todo.

En ese momento, la proa empezó a hundirse en el agua y Hannah intentó nadar como un perrito para mantenerse a flote.

Bueno, en realidad, nunca había aprendido a nadar de otra manera. Pero, avergónzada, se negaba a pedir ayuda.

-Soy una mujer adulta y sé nadar. Así que... vuelve a la cama.

Él no se movió y Hannah comprobó la distancia que había hasta la orilla. Tres campos de tenis, uno detrás de otro. Podía nadar hasta allí, seguro. Que no lo hubiera hecho nunca no significaba que no pudiera hacerlo. La determinación y el innato instinto de supervivencia compensarían su poca habilidad natatoria.

-Hannah, ser adulto significa saber cuándo debe uno pedir ayuda.

-¿Ah, sí? Yo me sé otro proverbio muy bonito: Si no quieres convertirte en una persona irritante, no debes dar consejos cuando no te los piden -replicó ella, poniéndose a nadar con todas sus fuerzas, que no eran muchas.

Pero tenía tendencia a hundirse. ¿Por qué? ¿Serían sus caderas desproporcionadamente anchas?

Intentaba no hundirse, pero era como si una fuerza tirase de ella hacia abajo, y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la cabeza fuera del agua.

De repente, se encontró al lado de Roth. ¿Había nadado hasta él o se habría acercado Roth de dos brazadas? Fuera como fuera, había llegado el momento de enfrentarse con la verdad. No iba a llegar a la orilla sola y no era cosa de ahogarse sólo para no darle la razón.

-Muy bien, de acuerdo... Necesito... -no pudo terminar la frase porque se le metió agua por la nariz.

-Sujétate a mí con las dos manos -dijo Roth, tirando de ella hacia arriba.

Hannah no discutió. Pero enseguida la parte inferior de su cuerpo chocó con las piernas masculinas.

-Lo siento, es que me hundo.

-Pon las piernas alrededor de mi cintura.

-¿Tú crees que es necesario?

-¿Prefieres que te lleve hasta la orilla del pelo?

Ella levantó la barbilla, desafiante, un gesto que sirvió de poco porque tenía la barbilla bajo el agua.

-No hace falta que te pongas en plan Neandertal.

-Estoy intentando sacarte de aquí, Hannah. Puedes ponerme las piernas alrededor de la cintura o puedo agarrarte por el pecho...

-No, no, déjalo -murmuró ella. ¿Qué hacer? ¿Dejar que la agarrase por el pelo? Esoo sería más seguro...

-¿Quieres decidirte de una vez? Me gustaría dormir un par de

horas.

-Bueno, bueno, empieza a nadar, voy a ponerte las piernas en la cintura.

-Genial.

Su tono lo decía todo. Estaba a punto de agarrarla del pelo le gustase o no.

Roth se puso a dar brazadas. Y cuando la parte inferior de su cuerpo empezó a hundirse, Hannah enredó las piernas en su cintura. Pero como estaba mojado no podía sujetarse a sus hombros, así que le pasó las manos por el cuello.

-Es que no podía agarrarme. ¿Estoy bien así o te molesto?

-No, me gusta que me abraces.

Hannah se quedó tan atónita por su franqueza y tan asustada por la emoción que le produjeron esas palabras, que le dieron ganas de soltarlo y ahogarse allí mismo. Y lo hizo; se soltó e inmediatamente empezó a hundirse. Un segundo después, Roth la sacó tirando de su camiseta.

-¿Se puede saber qué haces? Yo no he visto en mi vida una mujer más incongruente. Primero dices una cosa, luego haces otra... ¿Has tenido alguna vez una relación seria?

Hannah tosió para sacarse el agua de la tráquea.

-¡Concéntrate! ¿Es que no ves que me estoy ahogando?

-Agárrate a mí y no te sueltes -suspiró Roth. Fueron hasta la orilla como si ella fuera una sirena y él un delfín. Nadaba con gracia, como si fuera un nadador profesional. ¿Sería mediocre en algo?, se preguntó. Cómo le gustaría encontrar su talón de Aquiles...

«¿Cómo puedes pensar en encontrar su talón de Aquiles si este hombre te acaba de salvar la vida?».

Hannah se agarró a su cuello con más fuerza. Tenía una espalda anchísima, unos hombros de atleta...

«¿Por qué el destino me tiene deparado no sólo que Roth Jerric presencie todos mis fracasos sino que, además, inspire y colabore en los más escandalosos?».

CAPÍTULO 8

CUANDO llegaron cerca de la orilla, Roth se incorporó y empezó a caminar. -No pensarás que voy a llevarte en brazos hasta el hotel, ¿verdad?

-¿Eh?

-No creo que vayas a ahogarte ahora... a menos que respires por las rodillas.

Hannah se dio cuenta entonces de que seguía enganchada a su cuello y a su cintura, como una lapa.

-Ah, perdón.

Cuando por fin se soltó, él siguió caminando.

La luz de la luna destacaba la anchura de sus hombros, la espalda, el trasero apretado, los firmes muslos cubiertos de vello oscuro...

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada, pero cuando levantó la cabeza vio que la luz de la habitación de Roth estaba encendida.

-No te he despertado, ¿verdad?

-¿Qué?

-Da igual. Estaba pensando en voz alta.

Cuando llegaron a la orilla, Roth se tumbó sobre la hierba y se quedó mirando al cielo. Parecíacansado. Y era normal, después de haber llevadoun saco de cemento al cuello.

-¿Te vas? -preguntó él.

-Pensé que... querías estar solo.

-No, quédate. Hazme compañía.

Hannah vio un brillo de deseo en sus ojos y supo exactamente lo que Roth Jerric creía que iba a pasar. ¿Y por qué no? Ella no se había hecho precisamente la dura. Pero había que aprender de los errores. Sobre todo, de los errores importantes.

-No creo que sea buena idea.

-¿Por qué?

-Porque no.

Los dos se quedaron en silencio un momento. ¿Por qué no volvía al hotel? De hecho, ¿por qué no salía corriendo?

-Deberías aprender a nadar.

-Sí, bueno...

-Yo podría enseñarte.

-Ya sé nadar.

-¿Ah, sí? Pues quién lo diría -sonrió Roth, alargando la mano para acariciar sus tobillos.

-¿Qué haces?

-Déjame.
Aquel «déjame» no parecía referirse a las lecciones de natación. Era más bien una orden. Aunque sonara ridículo, su mirada era hipnótica y ella estaba definitivamente atrapada en ese hechizo. Pero tenía razón, debería aprender a nadar. Podría haberse ahogado… podría estar muerta en aquel momento.
-Sí, sí… de acuerdo -murmuró, casi sin voz-. Necesito…
-¿Qué? -preguntó él-. ¿Qué necesitas, Hannah?
«A ti, te necesito a ti». Eso era lo que Roth esperaba oír seguramente. «Tómame aquí mismo, haz conmigo lo que quieras, estoy perdida sin tus besos. Hazme el amor y llévame al cielo».
Hannah estuvo a punto de decir exactamente eso. Pero no podía decirlo. ¿Qué clase de mujer sería si dejase que un hombre la usara cuando ella sabía perfectamente que la creía una inferior? Se recordó a sí misma que tenía serias diferencias con Roth Jerric. Y no sólo porque tenía una mala opinión de ella.
«Y no olvides tu promesa de no dejar que un hombre te haga olvidar el sentido común. Y si has conocido a un hombre dominante en tu vida, ése es Roth Jerric».
-Clases de natación -contestó por fin-. Necesito clases de natación.
Roth se apoyó en un codo para mirarla de arriba abajo, levantando una ceja. Dejando claro que, en su opinión, ella necesitaba mucho más que eso.
¿Y qué si tenía razón? Sentía debilidad por él y los dos lo sabían. Deseaba volver a sentir su calor, sus besos, sus caricias, sentirlo dentro de ella. Incluso las palabras que le susurraba al oído mientras lo hacían. Necesitaba todo eso, pero se resistía…
Entonces Hannah admitió la horrible verdad. Deseaba a Roth Jerric como no había deseado a ningún otro hombre en toda su vida. Pero se juró a sí misma que esas palabras no saldrían de su boca.
-¡Qué arrogante eres!
-¿Por qué?
-¿Sabes una cosa? Prefiero ahogarme.
-Mañana te daré la primera clase. A las diez -dijo él, como si no la hubiera oído.
Hannah se alejó a buen paso, furiosa. Pero unos segundos después se dioo cuenta de lo infantil que era dejar que su orgullo le impidiera hacer lo que debía hacer. Después de todo, había estado a punto de ahogarse y necesitaba aprender a nadar.
-Sí, de acuerdo, a las diez.

¿Tendría fuerza de voluntad para resistirse? Estarían muy cerca, tocándose, llevando sólo un bañador...

-Pero un paso en falso y eres hombre muerto.

-Lo que tú digas -sonrió Roth-. Será un placer.

Mirándolo, con la piel mojada y brillante bajo la luz de la luna, resultaba muy peligroso.

-No si yo puedo evitarlo -murmuró Hannah.

Una cosa que Roth había descubierto de Hannah durante aquellos días era que, en general, ella veía su espontaneidad como un defecto. Y él estaba de acuerdo. A menudo, su impulsividad lo ponía furioso. Pero si hubiera sido más circunspecta, nunca habría entrado en la bañera... y eso habría sido un crimen. No recordaba una experiencia más emocionante.

¿Emocionante? Él no quería saber nada de experiencias emocionantes. La emoción no cuadraba con los negocios. Su vida era lógica, controlada, calculada...

-Maldita sea, fue emocionante -suspiró, mientras se enjabonaba bajo la ducha.

La espontaneidad sexual de Hannah le hizo mejor amante, más abierto, incluso más vulnerable.

Había enterrado su lado vulnerable mucho tiempo atrás, con la ruptura de su matrimonio, sin esperar que resucitase algún día. Pero, de alguna forma, haciendo el amor con Hannah se sentía extrañamente seguro, se permitía a sí mismo ser más libre, estar más relajado.

Otra ironía lo sobresaltó. Su naturaleza compasiva lo atraía como la luna atraía a la marea. A Hannah le importaba Joan, una anciana a la que había conocido a través de Internet. Y le importaba tanto como para dejarlo todo y dedicarse por entero a salvar su negocio.

La irracionalidad de esa decisión lo sacaba de quicio, pero que mostrara esa compasión lo fascinaba y lo atraía a la vez. A lo mejor había algo en el agua que volvía loca a la gente, pensó, irónico, porque últimamente también él se portaba de forma muy extraña.

Dejarse llevar por las emociones le había destrozado la vida una vez. Se había equivocado por completo con Janice y no confiaba en poder abrirse para nadie más, de modo que mostrarse vulnerable con Hannah era una locura.

Todo en su vida era lógico y ordenado. Y en cuanto a las mujeres, él era un buen amante y nunca había tenido quejas. Pero si

era sincero de verdad, el acto se había convertido en algo mecánico, sin emoción, sin verdadero placer muchas veces.

Pero con Hannah...

-No necesito esto ahora mismo -murmuró-. Hoy es un nuevo día, estoy más o menos descansado y tengo que controlarme.

No había ido a la vieja casa familiar para abrir viejas heridas ni para tener una impetuosa aventura. Janice había sido su último error en lo que se refería al sexo femenino.

-El sexo con Hannah me ha parecido tan estupendo porque llevaba algún tiempo sin tener relaciones. A veces trabajar tanto tiene un precio. Eso es lo que pasa -musitó, cerrando el grifo y buscando una toalla-. Pero Hannah Hudson tiene carácter, desde luego.

Hannah no era una cobarde. Eso le gustaba, aunque sus decisiones no fueran siempre meditadas. Al contrario que él, que siempre estaba calculando los pros y los contras.

Sobre todo en lo que se refería a las relaciones íntimas. Su corazón, había jurado, no volvería a pensar por él.

Después de secarse, se puso unos vaqueros, una camisa de lino beige y unos mocasines de ante y bajó a desayunar. Cuando entró en el comedor lo primero que vio fue al comisario Vance tomando un café. Para entonces, hasta un ficus podía entender lo que estaba pasando allí: Joan Peterson estaba provocando un romance entre Hannah y el comisario.

Aunque a él no lo molestaba.

-Empieza a trabajar muy temprano, comisario. ¿Estos días hay muchos delitos en el condado de Delaware?

-No, las cosas están muy tranquilas por el momento -rió Deacon.

-Me alegro.

-Buenos días, Ross -lo saludó Joan-. Estábamos empezando a pensar que te habías quedado dormido.

Roth intentó parecer despreocupado. Había dormido mal recordando la piel sedosa de Hannah, aquellas largas piernas enredadas en su cintura...

-Lo siento.

-No pasa nada. Después de todo, si uno no puede dormir hasta tarde cuando está de vacaciones, ¿cuándo va a hacerlo?

-Sí, claro. Supongo que sí.

Cuando iba a tomar un panecillo, rozó la mano de Hannah sin querer y sintió un escalofrío, algo que no le puso de mejor humor.

-Buenos días, Hannah. ¿Has dormido bien?

-Muy bien, gracias. Y, aparentemente, tú también.

-Como un tronco. Gracias a nuestro baño nocturno, claro. Me quedé dormido en cuanto apoyé la cabeza en la almohada.

-¿Estuvisteis nadando anoche? -preguntó Joan.

-No, bueno... -suspiró Hannah-. Fui a remar un rato, pero la barca tenía una vía de agua y se hundió...

-¿Qué?

-En fin, supongo que me puse a gritar y Roth me oyó desde su habitación, porque de repente apareció en el lago. En fin, que me ayudó un poco.

-Por favor, no me halagues. Voy a ponerme colorado -dijo él, irónico.

-¿No sabes nadar? -preguntó Deacon.

-No demasiado bien.

-¡Por Dios bendito! -exclamó Joan, llevándose una mano al corazón-. Qué susto debiste pasar. Esa maldita barca... debería haberla convertido en leña hace tiempo. Menos mal que Ross estaba por allí.

-Sí, Hannah tuvo suerte -asintió Deacon, aunque tenía el ceño un poco arrugado-. Pero no es buena idea ir a nadar solo, sobre todo de noche.

-No, supongo que no. Aunque, en realidad, yo no estaba nadando.

-No, en realidad estaba ahogándose -dijo Roth.

-¡Estaba remando!

-Sí, es verdad, perdón. Cuando llegué estaba remando... hacia el fondo del lago.

Hannah emitió una especie de gemido gutural que sonaba de forma muy parecida a una palabrota.

-¿Qué quieres, una medalla de oro por salvarme la vida? 0 mejor, un titular en el periódico que diga: Roth Jerric salva la vida a una empleada mediocre -le espetó Hannah, levantándose.

-Pero...

-Deacon se ha ofrecido a acompañarme a Grove para comprar algunas cosas, Joan.

-Ah, me parece muy bien -murmuró la anciana, confusa.

-Cuando quieras, Deacon.

Su tono impaciente dejaba claro que quería irse ya.

-Cuando tú digas.

-Me temo que tendremos que dejar la clase de natación para otro momento, Roth.

-Cuando tú digas -sonrió él.

-¿Que tal te parece nunca?

Roth la miró muy serio y luego se encogió de hombros. Pero por dentro no sentía apatía ninguna.

-Lo que tú quieras, cariño. Pero los dos sabemos lo que pasa cuando estás sola en el agua.

-Vamos, Deacon -dijo Hannah entonces, tomando la mano del comisario-. Te agradezco mucho que quieras enseñarme el pueblo.

-De nada -sonrió Vance.

Y Roth se preguntó si entendía que la prisa de Hannah por marcharse era más cara a la galería que otra cosa.

Quizá no. En lo que se refería a Hannah Hudson y todo lo que la rodeaba solía equivocarse de lleno.

Quizá su interés por el comisario era auténtico. Desde luego, él estaba interesado o no aparecería por allí todos los días. Por lo visto, los manejos de Joan estaban funcionando.

-Gracias por el desayuno -se despidió Vance.

Roth apretó los dientes e intentó concentrarse en sus tontitas, pero le sabían a cartón. ¿Por qué los desdenes de Hannah tenían que molestarle tanto? ¿Por qué le importaba que el atractivo comisario la llevase a Grove o que la invitara a comer o que, incluso, en aquel mismo instante se estuvieran arrancando la ropa para hacerlo en el asiento de atrás del coche oficial?

«¿Por qué demonios iba a molestarme?», se preguntó. «No tengo ni puñetera idea».

Hannah disfrutó de la compañía de Deacon. Mientras paseaban por el pueblo, observó a muchas mujeres de Grove que la miraban con envidia. Desde luego, Deacon Vance era buen partido y lo habría sido hasta en una gran ciudad. Pero en pueblos pequeños como Grove o Jay, el comisario era poco menos que un dios.

Ojalá pudiera enamorarse de él. Pero, maldita fuera, parecía estar sufriendo una incurable atracción por Roth Jerric.

Comieron en la terraza de una hamburguesería, donde un par de mujeres miraron a Hannah con algo más que animadversión, pero Vance no parecía darse cuenta.

-¿Quieres tomar postre? Hoy tienen pastel de chocolate con nueces y helados de varios sabores.

Hannah sonrió.

-¿Algo que no tenga azúcar?

-Sí, un vaso de agua.

-No, me parece que he tenido agua más que suficiente por el momento -murmuró ella. Deacon se puso serio entonces.

-Yo he tenido que sacar a muchas personas de ese lago, Hannah... sin vida. Y no me gustaría tener que sacarte a ti.

-Salir a remar por la noche fue una estupidez por mi parte, desde luego.

El apretó su mano.

-Tú no eres una estúpida. ¿Por qué lo hiciste?

-¿Sueles interrogar a la gente en plena calle? -intentó bromear Hannah.

-No quería hacerlo, perdona.

-No, es igual.

Hannah miró sus manos. Tenía unas manos bonitas, grandes, muy masculinas. Y se preguntó cuántas mujeres habrían disfrutado de sus caricias.

-Salí a remar porque estaba disgustada y nerviosa. Además, tengo cierta tendencia a hacer las cosas sin pensar.

-La espontaneidad puede ser algo bueno. Mi esposa... -Deacon no terminó la frase-. Mi difunta esposa era una mujer muy espontánea. Era una de sus cualidades más enternecedoras.

Aunque intentaba esconder su dolor, Hannah lo veía en sus ojos, lo oía en el timbre de su voz.

-Hay veces que no me gusta nada esa cualidad. Como anoche, por ejemplo.

-La gente como yo, los que somos aburridos y predecibles, los que nunca hacemos nada que no hayamos planeado, admiramos mucho a la gente espontánea.

-Voy a contarte un secreto, Deacon: tú no eres aburrido. La gente como tú sois el ancla para la gente como yo.

-Jennifer solía decir algo parecido.

-Porque era una mujer afortunada y lo sabía.

El comisario apartó la mirada.

-Gracias.

Hannah apretó su mano afectuosamente.

-Bueno, creo que ya le he robado demasiado tiempo, comisario. ¿No dijiste que tenías que estar en la oficina a la una?

Deacon miró su reloj.

-Tengo tiempo de sobra para llevarte de vuelta al hotel.

-Te lo agradezco. Y te agradezco mucho que me hayas enseñado Grove. Es un pueblo precioso.

-De nada -sonrió el comisario, levantándose para pagar la cuenta-. Bueno, ¿y qué es lo que te disgustó tanto como para salir a remar a medianoche?

Hannah apartó la mirada. Creía que habían dejado el tema.

-Digamos que yo no he encontrado mi ancla.

-Ya veo -murmuró él, abriendo la puerta del coche-. Pensé que tendría algo que ver con Roth Jerric.

Hannah se quedó tan sorprendida al oír el nombre de Roth que no pudo encontrar su voz durante unos segundos..

-¿Y por qué has pensado eso?

-No sé, una intuición.

-La verdad es que Roth no me cae demasiado bien. Está intentando robarle el hotel a Joan.

-Me temo que alguien lo hará tarde o temprano si las cosas no cambian -suspiró Deacon-. Debe mucho dinero en impuestos atrasados. Otro año y la finca saldrá a subasta. No quiero ni pensarlo. Joan es una buena amiga, y tener que sacarla de allí es lo último que querría hacer.

-En realidad, Roth ha pagado esos impuestos.

-¿Qué?

-Lo que oyes. Quiere robarle el hotel, por eso lo ha hecho. Pero yo no pienso dejarle el camino libre. Pienso ayudar a Joan como sea -Hannah lo dijo en voz alta porque creía que si las cosas se decían en voz alta se hacían realidad.

-¿Ah, sí?

-Yo necesito un trabajo y Joan necesita un director financiero.

-Estaría bien que pudieras ayudarla. Joan adora ese sitio.

-Roth no podrá convertir la finca en un montón de apartamentos. Y Joan no tendrá que irse a vivir a un dúplex.

-¿A un dúplex?

-Eso es lo que Roth dice que haría, ofrecerle un dúplex de forma gratuita.

-¿Le daría una casa?

-Sí -contestó Hannah-. Pero como tú mismo has dicho, a Joan le encanta el hotel y quiere vivir allí para siempre.

-Ya.

Ese monosílabo la molestó. Era como si un dúplex no le pareciese tan mal.

-¿Qué quieres decir?

-Nada, pero la verdad... veo difícil que Joan consiga dinero suficiente para mantener el hotel. Si el plan de Roth es regalarle un dúplex, a mí me parece muy generoso.

Hannah arrugó el ceño. ¿Es que todos los hombres carecían de sentimientos?

-Yo creo que es una canallada.

Deacon sonrió.

-Te entiendo.

-Ah, menos mal. Pensé que te habías puesto de su parte.

-No hablaba del dúplex.

-¿Entonces?

-Hablaba de lo de remar en el lago.

Ella apartó la mirada. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Y se alegraba de estar llegando al hotel.

-Te sientes atraída por Roth y no quieres que sea así.

-Eso es absurdo.

-¿De verdad?

-Absolutamente -Hannah no dejaba de mirar por la ventanilla, nerviosa. Enseguida aparecieron las ruinas de la abadía, el banco de piedra, la ventana de medio punto...

-Ya hemos llegado.

-Gracias por todo, Deacon.

-De nada. Encantado. Espera, voy a sacar las bolsas del maletero.

-Gracias.

Vance sacó las bolsas y luego la sorprendió levantando su barbilla con un dedo.

-Vamos a hacer un experimento.

Antes de que Hannah pudiera preguntar qué quería decir, el comisario la besó... una experiencia muy agradable, por cierto. Besaba muy bien, especialmente considerando que llevaba años sin hacerlo. Recordaba el dolor que había visto en sus ojos cuando habló de su mujer y sabía que no estaba preparado para otra relación. Entonces, ¿aquel beso?

-A lo mejor la teoría de Joan sobre la luna azul tiene algo de cierto.

Hannah se quedó inmóvil, el agradable cosquilleo en los labios arruinado por completo.

-¿Qué quieres decir?

-Vamos, Hannah. No te hagas la tonta. A veces tiene que llegar alguien de fuera para ver las cosas con más claridad. Y ese beso tenía escrito: «Estoy por otro».

Hannah tomó las bolsas, intentando disimular.

-Por favor, no digas que haber estado bajo la luz de la luna con Roth Jerric tiene algún futuro porque ya te he dicho que ni siquiera me cae bien.

-Sé lo que me has dicho. Pero también he visto tu pequeña actuación durante el desayuno.

-¿Qué actuación?

-Por lo que he podido entender, Roth te salvó la vida. Y en lugar

de demostrar gratitud, tú te portabas como si le hubiera dado una patada a tu perro. Eso no tiene sentido... a menos que te sientas atraída por él.

-Eso es absur...

-Y luego te pones coqueta conmigo.

-¡Yo no... !

-Tú sí -rió Deacon-. No es que me haya importado, todo lo contrario, pero los dos sabemos para quién era esa pequeña charada. Y no era para mi.

Desconcertada, Hannah se aclaró la garganta. Deacon Vance era un hombre muy perceptivo, desde luego.

-No me gusta Roth Jerric. ¿Cómo tengo que decírtelo?

-A mí me parece una persona decente.

-Pues no lo es. Es un engreído, un insensible y un arrogante. Para tu información, me llamó mediocre.

No sabía por qué había dicho eso. No sabía por qué estaba contándole algo tan íntimo a un hombre al que apenas conocía.

-Roth no te llamó mediocre. No me lo creo.

-¡Será posible!

-¿De verdad te dijo: «Hannah, creo que eres mediocre»?

-No me lo dijo directamente, pero eso no significa que no lo dijera.

-¿Alguien te contó que lo había dicho?

-Digamos que... oí que alguien lo decía.

-Esa no es una prueba irrefutable. Además, estoy seguro de que no piensa eso de ti.

-Eso tampoco es una prueba irrefutable -replicó ella-. No te ofendas.

-No me ofendo -sonrió el comisario-. ¿Has hablado con él?

-No, claro que no.

-¿Por qué?

-Digamos que me enteré de que me consideraba mediocre y ya está. ¿Para qué iba a humillarme con un cara a cara? Sabía que mi carrera en Jerric Oil estaba muerta, así que renuncié antes de que me echaran.

-¿Trabajabas para él entonces?

-Claro. Y deja de interrogarme. Es agua pasada.

-Lo siento, no quería disgustarte, pero no puedo imaginar que Roth haya dicho eso de ti.

-Gracias -sonrió Hannah.

-Pregúntaselo -dijo el comisario entonces.

-¿Preguntar qué?

-Pregúntale a Roth si piensa que eres mediocre.
-Pensé que habíamos cambiado de tema.
-Pregúntale.
-¿Quieres dejar el asunto? Además, seguro que mentiría.
-No.
-¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo es que, de repente, lo sabes todo?
-Confía en mí. Estoy seguro de que no me equivoco -sonrió Deacon.
Esa sonrisa surtió efecto. Y, contra su voluntad, Hannah sonrió también.
-Vete de aquí, metomentodo.
Deacon Vance la tomó por la cintura y la besó en la mejilla. Un beso de amigo.
-Prométeme que le preguntarás.
-¿Por qué?
-Porque tengo la impresión de que estás a punto de encontrar tu ancla. Y, por cierto, deberías aceptar esas clases de natación.
Hannah se quedó mirando al comisario mientras subía al coche, pensativa. ¿Había tenido la audacia de sugerir que Roth Jerric podría ser su ancla?
¡Ridículo!
-¿Te importaría apartarte? -oyó una voz masculina.
Aún perpleja, Hannah levantó la mirada.
-¿Eh?
-El coche. No puedo dar la vuelta si no te apartas.
-Ah, perdona.
Deacon se despidió con la mano mientras Hannah intentaba respirar para llevar aire a sus pulmones.
Entonces observó a Roth saliendo por entre los árboles, al otro lado de la casa. Afortunadamente, no había podido escuchar la conversación.
-¿Lo has pasado bien?
-Sí, muy bien.
Y no era mentira. Lo había pasado bien la mayor parte del tiempo. El asunto sólo se había complicado en los últimos minutos.
-Ya veo.
-¿Qué ves?
-Los besos. Eso normalmente quiere decir que la cosa va bien.
Hannah se puso colorada. Pero Roth Jerric no era su ancla. Deacon Vance podía ser un buen comisario, pero no sabía nada de anclas.
-Pues sí, es verdad, lo he pasado de maravilla... con Deacon.

Por qué le había parecido necesario añadir el nombre, no lo sabía. A lo mejor para demostrarle que él no era irresistible. Y le gustaría que fuera verdad.

-Sí, Deacon y yo lo hemos pasado estupendamente.

CAPÍTULO 9

TE IMPORTA si te hago una pregunta? Hannah hizo una mueca de fastidio. ¿Por qué no podía ayudarla a llevar las bolsas y dejarla en paz?

-¿Qué?

-Has dicho un par de veces que yo te considero mediocre y no entiendo por qué dices eso. Hablando de coincidencias...

-Tú sabes perfectamente por qué lo digo.

-No, no tengo ni idea.

Lo había dicho muy serio, como si de verdad no supiera de qué estaba hablando.

-¿Quieres hacerme creer que no hablaste de mí con Milo? ¿Que no le dijiste que yo era una empleada mediocre?

Roth hizo un gesto de sorpresa.

-No es que quiera hacértelo creer, es que yo nunca he dicho eso de ti. ¿Milo te contó eso?

-No exactamente.

-¿Qué quieres decir?

Hannah dejó escapar un suspiro.

-Le oí contarle a unos compañeros que os habíais reído a mi costa porque él había convertido a una «mediocre ejecutiva» en un «bomboncito» -explicó Hannah.

Roth apretó los labios.

-Milo es un abogado excelente, pero como ser humano es un completo imbécil. ¿Por eso te fuiste de la empresa?

-Sí.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Roth, clavando en ella sus ojazos azules.

«Por favor, que no caiga a sus pies temblando de deseo».

-Completamente en serio.

-Entonces, problema resuelto.

-¿Qué problema?

-Puedes volver cuando quieras. Todo el mundo sabe que Milo es un fantasma. La mitad de lo que dice sobre las mujeres es una exageración y el resto es mentira.

-Yo no sabía eso.

-Todos los hombres en Jerric Oil lo saben.

-Ya, claro.

-Mira, entiendo que no quisieras seguir trabajando allí si pensabas que tu jefe te creía una ejecutiva mediocre. Pero como no es verdad, puedes volver tranquilamente.

-¿Volver? ¿A Jerric Oil?

-Claro.

-¿Estás loco?

-¿Por qué?

-¿Cómo que por qué?

Roth levantó los brazos al cielo.

-Acabo de decirte que yo no sabía nada de ese comentario.

-No puedo volver a trabajar para ti.

-¿Por qué no?

-Porque... porque han pasado cosas -contestó Hannah-. No podemos trabajar juntos, sería muy incómodo.

Evidentemente, para él no era un problema. Por lo visto, la impetuosidad de su encuentro en la ducha significaba poco para Roth Jerric.

-Yo puedo ofrecerte la carrera que quieres, Hannah.

-No quiero que me ofrezcas nada. Yo soy capaz de ganarme la vida por mí misma.

-No lo dudo -replicó él-. Pero también eres capaz de cometer errores... Y si insistes en dirigir este hotel para sacarlo de la ruina, cometerás un error.

-Pues insisto -dijo Hannah.

-No puedes decirlo en serio.

-Completamente. Y como, según tú, yo no soy mediocre, podrías renunciar a comprar el hotel.

-Hacer que este hotel dé beneficios sería casi imposible. Habría que ser un mago...

-Pues Abracadabra -lo interrumpió Hannah.

Y después de decir eso se dio la vuelta, rezando para que lo de dirigir el hotel no fuera el error más grande de su vida.

¿Estaba loca? Acababa de rechazar la oportunidad de volver a Jerric Oil.

«No, no, Hannah, tenías que hacerlo. ¿Cómo ibas a verlo todos los días? ¿Cómo ibas a acudir a reuniones con él después de lo que ha pasado?».

Aunque se librara de la atracción que sentía por él, trabajar juntos sería imposible. Y no sólo por lo que había habido entre ellos. Las grandes empresas y las mezquindades de una gran oficina no eran para ella. En Jerric Oil había aprendido que estaba más dotada para dirigir un sitio pequeño, más familiar, algo que le importase de verdad. Y La Luna Azul tenía todo eso.

Pero el hecho de que le importase tanto la opinión de Roth le molestaba. Ella no necesitaba su sello de aprobación. Y, sin embargo, se encontró a sí misma caminando con la cabeza más alta

que en los últimos meses.

Era posible que fracasara en su intento de salvar La Luna Azul. Pero si fracasaba, no sería por ser una ejecutiva mediocre. Fracasaría porque era una causa perdida.

«Nada de pensamientos negativos, Hannah. La felicidad de Joan está en juego y depende de ti; no puedes fracasar».

Agitada e inquieta, Hannah paseaba por la habitación sin saber qué hacer. Mientras ella estaba en Grove con Deacon, Roth había vuelto a hablar con Joan sobre los planes que tenía para la finca y la pobre estaba muy nerviosa cuando llegó.

Durante un minuto y medio se había sentido un poco menos enfadada con él. Un minuto y medio. Pero sólo tenía que volver al hotel y encontrarse a Joan deshecha en lágrimas para que todo volviera a ser como antes...

En ese momento oyó un ruido en el balcón. Era un pájaro, un jilguero que se había chocado contra el cristal. El pobre animal estaba en el suelo, herido, y Hannah no sabía qué hacer. Si lo tocaba podría hacerle más daño... Y al menos allí estaba a salvo de los gatos.

Entonces vio a Roth salir al balcón; lo vio inclinarse para recoger al pajarillo. Aterrorizada, pensando que iba a deshacerse de él como si fuera un estorbo, estaba a punto de abrir la puerta cuando lo vio acariciar las alas del animal.

Estaba ayudándolo, intentando reanimarlo. Para su sorpresa, oyó que le decía algo en voz baja, con voz tierna...

Unos minutos después el jilguero salía volando de nuevo y Hannah tuvo que sonreír. Sí, bueno, Roth Jerric no era un monstruo, de acuerdo.

Entonces se reunió con él en el balcón.

-No sabía que pudieras ser tan... humano.

-¿No? Yo pensé que habíamos compartido un par de momentos... bastante humanos.

No dijo nada más. Antes de que Hannah pudiera recuperarse, había desaparecido.

¿Tan humano? De vuelta en su habitación, Roth se pasó una mano por el pelo, enfadado. El comentario de Hannah le había sentado mal. Pero su contestación lo molestaba aún más. ¿Por qué había dicho eso?

«Pensé que habíamos compartido un par de momentos bastante humanos».

Sí, se sentía más vivo con ella. Sí, era capaz de abrirse cuando estaba con ella. Incluso de sentirse vulnerable. Pero no le gustaba.

Él se enorgullecía de ser un hombre que lo controlaba todo, su trabajo, su vida, sus impulsos. En el proceso, su vida se había convertido en algo mecánico y sí, también debía admitirlo, en cierto modo su vida estaba más vacía que nunca.

Por primera vez, tuvo dudas. ¿Merecía la pena? Había vuelto allí buscando energía, buscando renovarse a sí mismo. ¿Esa renovación significaba también rehumanizarse?

Entonces miró alrededor. Aquélla había sido la habitación de su hermana cuando eran pequeños. Con muebles de pino baratos, una colcha hecha a mano, sin papel en las paredes... pero allí habían sido felices. Aún recordaba las risas de Gracie, que ahora vivía en California con su marido y sus hijos. No tenían nada y eran absolutamente felices.

El recuerdo de la risa de su hermana lo hizo sonreír.

Desde que llegó había intentado no pensar en el pasado porque los recuerdos tendían a ser una especie de agujeros negros en los que se perdía todo. Pero ahora volvían en tropel, como si se hubiera roto un dique...

Roth se dejó caer sobre la cama. Pero no podía dejarse llevar por la nostalgia.

En aquel sitio se podía ganar dinero, mucho dinero. Comprar la propiedad podía costarle algún tiempo, pero sería una cuestión de calderilla. Cosa de niños. Y el condado de Delaware era uno de los más ricos del país... podría ganar otra fortuna prácticamente sin esfuerzo.

Que Joan fuera una criatura sentimental no era problema suyo. Además, él le ofrecía un trato que nadie más le ofrecería, con toda seguridad. En algún momento tendría que verlo lógicamente.

-¿Lógicamente?

¿Por que, de repente, esa palabra le sonaba tan hueca?

-¿Qué te pasa, Jerric? -murmuró-. No dejes que unos ojos bonitos te hagan perder el norte.

Entonces, si sabía lo que debía hacer, ¿por qué las dudas? ¿Por qué se sentía tan cansado? Quizá era la gripe. Le dolía la cabeza, además.

-A lo mejor es algo que he comido.

0 a lo mejor es que te acuerdas de lo que es sentirse humano», le dijo una vocecita.

-Cállate ya -Roth se tumbó en la cama y se puso un brazo sobre los ojos. Cuanto antes enterrara a aquel Roth humano y vulnerable, mejor.

CAPÍTULO 10

HANNAH se vistió a toda prisa y bajó corriendo a la cocina para ayudar a Joan a hacer la cena. La actividad, del tipo que fuera, era mejor que estar sentada en su habitación, dándole vueltas a la cabeza sin llegar a conclusión alguna.

-Hola, querida -la saludó Joan-. Estás muy guapa con ese vestido. El rosa es tu color.

-Gracias.

-Es una pena que no funcione el aire acondicionado -suspiró la anciana.

-Bueno, ¿qué tengo que hacer?

-Puedes cortar estas patatas mientras yo hago el pastel de melocotón.

Hannah soltó una carcajada.

-Un pastel más y no podré ponerme los vaqueros.

-No seas boba. Las jóvenes de ahora no coméis nada. Además, te vendrían bien unos kilitos, estás delgadísima.

-Pero es que no puedo comprarme vaqueros nuevos -sonrió Hannah.

Y después deseó haberse mordido la lengua.

«No deberías haber sacado a relucir tu situación económica».

-Eso va a cambiar -dijo Joan-. En cuanto consigas que el hotel dé dinero.

-Sí, esperemos.

-Bueno, ¿qué tal con Deacon?

-Muy bien, es encantador.

-¿Habéis hecho algo especialmente interesante?

-Mira, Joan, Deacon es un cielo, pero sigue enamorado de su mujer. Y me parece muy bien porque yo no estoy verdaderamente interesada.

-No te creo. Os he visto besándoos -rió la anciana.

-Sí, bueno, pero eso era parte de un experimento.

-¿Cómo que un experimento?

-Uno que fracasó.

-No te entiendo, hija.

-Fue idea de Deacon. Me dijo que... -Hannah no terminó la frase. No podía contarle a Joan eso de que «estaba por otro»-. Me dijo que sólo podíamos ser amigos. Era un beso de despedida, en realidad.

La mujer se llevó una mano al corazón.

-No me lo puedo creer. Pero si me dijo que le gustabas.

¿Joan había hablado con el comisario sobre ella?

-Sí, en fin, me siento halagada, pero te puede gustar una persona

y, sin embargo, darte cuenta de que no es para ti. Sé que te habría gustado, y un día seguro que Deacon encuentra a la mujer adecuada... pero me temo que no soy yo. Él no está preparado para una relación y me temo que yo tampoco.

La anciana se dejó caer sobre una silla, apenada.

-No sabes cuánto lo siento.

-¿Por qué? Yo vine aquí para recuperar la confianza y lo estoy consiguiendo. Eso sí que es importante.

-Ya, pero...

-¿Qué ocurre, Joan?

-No debes estar amargada con los hombres porque hayas tenido una mala experiencia.

-Pero si yo no estoy amargada.

-Yo creo que sí. Antes de que te enviara ese cupón para que vinieras a pasar aquí unos días, hablamos en el chat sobre lo que te pasó en el trabajo y el divorcio de tus padres, ¿te acuerdas?

-Claro. Sí, bueno, puede que sonara un poco...

-Amargada -dijo Joan-. Es maravilloso ser independiente. También yo lo era a tu edad. Había tenido un padre que era un dictador y me juré a mí misma que no dejaría que un hombre me dijera lo que tenía que hacer. Y ningún hombre lo hizo. Pero no porque yo evitara las relaciones, sino porque encontré a una persona maravillosa. Y hay muchas personas maravillosas en el mundo, Hannah. Te lo digo yo. Confié en Dur con todo mi corazón. Ciegamente. Algo me decía que él era mi alma gemela y un alma gemela no quiere dominarte ni hacerte sentir inferior, lo que quiere es amarte y hacerte sentir querida. Tienes que buscar una persona así, cariño. No te cierres, no lo pongas tan difícil. Si te entregas al amor, vivirás una experiencia única. No hay nada como eso, y por eso todo merece la pena. A veces él te necesitará a ti y a veces será al revés, pero se lo darás todo porque eso es lo que quieres hacer... esa persona será tu otro yo, tu reflejo. No se me ocurre nada más horrible que encontrar a tu alma gemela y dejarla escapar por ceguera o por miedo.

Hannah se emocionó al oír a una mujer tan mayor hablar así del amor.

-Lo intentaré. Y gracias.

-Aunque Roth y yo hemos tenido nuestras diferencias, sinceramente creo que es tu alma gemela.

-¿Qué?

-La luna azul, querida. -¡Pero eso no puede ser!

-¿Por qué no? El destino es así.

-Pero Roth es dominante y engreído... y no se parece nada a tu Dur.

-A lo mejor contigo es diferente.

-Sí, claro, seguro que conmigo le sale un halo sobre la cabeza -replicó Hannah, irónica-. Además, aunque fuera diferente conmigo, yo no podría querer a un hombre que trata a la gente como Roth te trata a ti. Amenazándote con comprar el hotel...

-Me pitan los oídos.

Hannah se volvió, sobresaltada.

-Deberías ponerte una campanita en el cuello.

-Deben ser los zapatos -sonrió Roth-. No hacen ruido. Lo siento.

-Hola, Ross -lo saludó Joan-. ¿Quieres tomar algo? ¿Un aperitivo antes de comer?

-No tenemos dinero para aperitivos -dijo Hannah.

-Pues mira, ahora que lo dices, creo que tengo hambre -sonrió él, acercándose a la nevera.

Pero Hannah se interpuso en su camino.

-Por encima de mi cadáver.

-Niños, por favor -intervino Joan.

Roth y Hannah se miraban a los ojos como si fueran enemigos. Y entonces, de repente, él la tomó entre sus brazos y la besó como si le fuera la vida en ello. La besaba con ansia, como si quisiera marcarla, como si quisiera decirle que era suya y no podría ser de nadie más.

Y ella no protestó, no intentó apartarse siquiera.

Fue Roth quien se apartó. Cuando abrió los ojos, había desaparecido.

-¡Virgen Santa! -exclamó Joan-. Qué hombre más apasionado.

-Es... es... es un hombre duro y vacío -dijo Hannah, porque no sabía qué decir. Porque aún le temblaban los labios-. Y es el ser humano menos apasionado de la tierra.

Joan sonrió, compasiva.

-Si tú lo dices, querida. Pero entonces no dejes que te bese con verdadera pasión. Podría matarte.

-Has vuelto a hacerlo -Roth se pasó una mano por el pelo, nervioso.

¿Por qué perdía el control con Hannah? ¿Cómo había podido besarla de esa forma delante de Joan? ¿En qué estaba pensando?

-Eres un idiota, Jerric. No necesitas esta complicación en tu vida...

-Señor Jerric, llega usted en el momento justo -lo llamó Mona desde las ruinas-. Venga un momento, por favor.

-Buenas tardes, Mona.

-Le necesito para una empresa artística.

-¿A mí? ¿Cuál?

-Mi musa me está pidiendo que pinte un torso masculino. Un torso desnudo, a ser posible. ¿Podría prestarme el suyo?

Roth sonrió.

-Por supuesto. Pero debe saber que soy un modelo muy caro -contestó, quitándose la camisa.

Mona lo examinó con ojo de experta.

-Interesante. Tienes unos pectorales bien desarrollados y unos abdominales maravillosos. Podría ser un modelo profesional.

-Gracias, lo tendré en cuenta. Pero no pienso cobrarle menos por los halagos.

La artista soltó una risita.

-Me parece muy bien. ¿Cuánto piensa cobrarme?

-No sé... unos dos mil dólares por hora. ¿Le parece?

-Excelente. ¿Podría ponerse de costado?

-Claro que sí.

-Así, con una expresión seria.

-¿Tengo que sacar músculo?

-No hace falta, señor Jerric. Usted los tiene de forma natural.

En ese momento, Roth vio a Hannah en el jardín, recogiendo flores silvestres. Con aquel vestido rosa, el pelo sujeto en una coleta... parecía una niña.

-¡Hannah -la llamó Mona-. Mi musa acaba de darme una idea maravillosa. ¿Querrías posar para mí?

-¿Yo? No, yo sólo pasaba por aquí...

-Pero ahora mismo no tienes nada que hacer, ¿verdad?

-Bueno, yo iba a...

-Sólo tienes que posar al lado del señor Jerric.

-Pues no sé...

-Por favor, Hannah, que se está yendo el sol.

-Muy bien, de acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

-Sólo tienes que ponerte a su lado, con las flores en la mano... así, no, un poco más cerca.

Hannah miró a Roth de reojo.

-No te preocupes, no voy a besarte -dijo él en voz baja.

-Eso espero.

-Hannah, acércate más a él, por favor -insistió la artista.

-¿Estás bien? Te veo un poco colorada.

-Estoy perfectamente...

-Por favor, no os mováis -los regañó Mona-. Acercaos más, un poquito más.

-Acércate más, Hannah, no voy a morderte.

-Si me muerdes, te muerdo yo a ti.

-Ojalá -musitó él.

Hannah tragó saliva.

-Huy, qué tarde es. Lo siento, Mona, pero tengo que ir a poner estas flores en agua.

-¿Qué hora es?

-Las seis y media -contestó Roth.

-Ay, qué horror, tengo que limpiar las brochas y bañarme antes de la cena. Señor Jerric, ¿podría posar para mí mañana?

-Será un honor -contestó él.

-Muchas gracias. Es un sueño tenerle a usted de modelo.

-Halagadora.

-No, no, es verdad. Es usted la perfección.

Hannah levantó los ojos al cielo, pero no dijo nada. ¿Qué podía decir? Joan pensaba que Roth era su alma gemela; Mona, que era la perfección. Y ella prefería no pensar.

Cuando desaparecían en dirección a la casa, Roth se quedó con una flor en la mano, mirándola. Tenía la impresión de que la flor olía a Hannah. Pero debía ser su imaginación. Deseaba tanto su perfume que lo conjuraba en su cabeza.

Se quedó un rato allí, mirando la flor, deseando tirarla... e incapaz de hacerlo.

CAPÍTULO 11

ROTH estaba bajo el viejo roble, pensativo. Aquel viaje le había enseñado muchas cosas. Por mucho que intentara ser un hombre lógico, frío, le resultaba imposible dejar atrás los sentimientos.

Y por fin tuvo que aceptar algo que, seguramente, había sabido desde el principio: no sería capaz de dejar a Joan sin su casa.

Si de verdad hubiera querido hacerlo, la habría convencido, pero no podía poner el corazón en ello.

De modo que la verdad era que no quería convertir aquel descuidado jardín, aquel bosque de su infancia, aquella cala en la que había nadado cientos de veces cuando era un crío en una residencia de vacaciones. Y tampoco quería tirar las ruinas de la vieja abadía para reemplazarlas por un bloque de apartamentos.

Hacer eso sería un error. Por muy frío que se hubiera vuelto, aquel sitio le importaba. Así, como estaba, lleno de polvo, sin cuidar, con cañerías ruidosas y todo.

Aquella estancia en La Luna Azul lo había ayudado a ver lo que tenía que cambiar en su vida. Y recordó en ese momento lo que le había dicho a Hannah en el lago: «Ser adulto significa saber cuándo debe uno pedir ayuda».

¿Por qué tenía que trabajar como un esclavo? Había suficientes empleados en Jerric Oil como para no tener que ir a la oficina en varios meses. ¿Por qué no delegaba más? ¿Por qué se hacía responsable de todo?

Pero, si no iba a trabajar, ¿qué podía hacer? Quizá podría viajar, buscarse una afición... había muchas cosas que le interesaban.

Pensativo, se levantó para dirigirse a la casa. Y en el camino tomó una decisión.

Cuando entró en la cocina, Joan estaba haciendo uno de sus deliciosos pasteles.

-Esto estará en quince minutos, Ross.

-No voy a quedarme a cenar. Es hora de que me vaya.

La anciana lo miró, sorprendida.

-¿Te vas?

-Tengo que hacerlo.

-Pero... al menos quédate a cenar esta noche.

-No, es mejor que no -contestó él.

No dejaba de pensar en Hannah. Pero se haría un favor a sí mismo marchándose de allí lo antes posible. La última vez que la vio no sabía que aquella sería la definitiva, que sería el adiós. Si la veía de nuevo...

No, era mejor que no se vieran.

-Han sido unas vacaciones muy agradables, Joan.

Ella no parecía creerlo. 0 quizá no estaba de acuerdo. En cualquier caso, la decisión estaba tomada. Si Hannah conseguía que el hotel dejara de perder dinero, bravo por ella. Si no... él mismo lo compraría y se lo regalaría a Joan. Era lo mínimo que podía hacer por una mujer que le había abierto los ojos.

-Joan, yo...

Pero no terminó la frase.

«Vuelve a Oklahoma. Deja atrás este sitio y a Hannah de una vez. Para amar a alguien de verdad uno tiene que ser capaz de llorar y tú no eres capaz. Ya no».

-¿Qué? ¿Qué has dicho, perdona? -preguntó la anciana, perdida en sus pensamientos.

-Nada. Da igual. Tengo que irme.

-Con lo que te gustan mis chuletas rellenas de manzana -suspiró Joan.

-Sí, me encantan. Es verdad. Pero el negocio es el negocio.

Era curioso, pero iba a echar de menos que lo llamara Ross Johnson. Como iba a echar de menos tantas cosas.

Hannah miraba el ramo de flores que había recogido en el jardín. Era precioso. Además, se le daba bastante bien colocarlas con cierto estilo, tenía un talento natural para ello.

-Huy, qué tarde es -murmuró luego, mirando el reloj.

Con el jarrón en la mano, entró en el comedor.

-¿Te gustan, Joan?

-Son preciosas -contestó la anciana.

-¿Y a ti, Mona?

-Si no estuviéramos a punto de cenar, las pintaría.

Por costumbre, Hannah se volvió hacia el sitio que ocupaba Roth... pero estaba vacío.

-¿Roth no viene a cenar?

-¿No se ha despedido de ti? -preguntó Joan.

-¿Despedirse? ¿Por qué?

-Se ha ido, cariño.

-¿Qué?

De repente, un estruendo las sobresaltó a las tres. Sin darse cuenta, Hannah había soltado el jarrón, que se había hecho añicos contra el suelo.

-Ay, Joan, tu precioso jarrón de cristal -murmuró, poniéndose de rodillas para recoger los pedazos.

-No te preocupes, querida. Ya encontraremos otro.

-Pero éste era precioso...

La anciana se inclinó entonces para tomar su cara entre las manos.

-No tanto como para derramar una sola lágrima.

Hannah deseaba con todo su corazón que eso fuera verdad.

CAPÍTULO 12

HANNAH se dedicó por entero a salvar La Luna Azul, usando cualquier estrategia inventiva y barata que se le ocurriera. Pero lo mejor fue Internet. En unas semanas, el hotel se había puesto de moda y entre el lago, el bosque, las románticas ruinas de la abadía y lo bien que cocinaba Joan, tenían clientes todos los fines de semana.

Estaban tan ocupadas que Hannah había tenido que dejar de pensar en Roth. 0, más bien, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no pensar en él. Porque, evidentemente, Roth no pensaba en ella.

No había vuelto a ponerse en contacto para nada. No volvieron a saber de él.

Se le partía el corazón. Día tras día, noche tras noche, mes tras mes esperaba que llamase, que enviara una nota... que no llegó nunca.

El mes de febrero empezó siendo gris, pero ya no por los problemas económicos porque no los tenían.

Hannah había enviado el último cheque como pago por los impuestos atrasados y los clientes no dejaban de llegar, de modo que eso ya no era un problema.

Pero estaba triste. Incluso con el hotel lleno de clientes se sentía sola y perdida. No le gustaba admitirlo, pero la vida en un pueblo pequeño no era para ella. Necesitaba una ciudad grande, llena de vida, de ofertas, de posibilidades. Le encantaría ir al ballet o al teatro...

La belleza del lago, sus tranquilas aguas, le ofrecían cierto remanso de paz, pero no era suficiente. Últimamente se sentía tan aislada que le daban ganas de gritar.

De modo que una semana antes se había enfrentado con la realidad. Su decisión de convertirse en directora del hotel había sido motivada por una cuestión emocional, no había sido una decisión juiciosa.

-La historia de mi vida -murmuró para sí misma.

Pero tenía que hablar con Joan. Y antes de irse, debía dejarlo todo resuelto.

Afortunadamente, unas semanas después encontró una candidata ideal para dirigir el hotel: Lucy Jones, una contable retirada, le habló de su desesperación por salir de casa para huir de la última afición de su marido: el trombón.

Ella sería perfecta para dirigir La Luna Azul.

Afortunadamente también, había encontrado en Internet una empresa de gestión de impuestos en Tulsa que buscaba un director financiero. Envió su currículum y a la mañana siguiente recibió la contestación: estaba contratada.

Tenía veinticuatro horas para tomar una decisión. Y no era difícil, iba a aceptar.

Además, Roth no vivía en Tulsa.

Con un poco de suerte y un poco de tiempo, se olvidaría de él, pensaba.

-Además, en Tulsa habrá muchos hombres interesantes -murmuró para sí misma.

Aunque esa idea no conseguía animarla. Quizá

su corazón no se curaría nunca, quizá seguiría

pensando toda su vida en Roth Jerric...

Hannah tuvo que llevarse una mano a la boca para controlar un sollozo.

-Contrólate. Todo el mundo tiene alguna pena.

Después de arreglarse un poco frente al espejo, bajó a la cocina para hablar con Joan Peterson, la mujer que había sido para ella como una madre.

-Joan?

-Dime, querida -contestó la anciana con una sonrisa en los labios.

Hannah no quería ni pensar que esa sonrisa iba a desaparecer de inmediato.

CAPÍTULO 13

EL MES de abril en Oklahoma llegaba lleno de vida. Había flores por todas partes, los árboles estaban cubiertos de hojas verdes y todo parecía empezar de nuevo.

El mundo parecía especialmente bonito aquel día, pensó Roth, mientras recorría el camino que llevaba a La Luna Azul.

Había pasado un año desde la última vez que estuvo allí. Sabía que las cosas les iban bien y estaba contento por Joan y por Hannah. Sobre todo, por Hannah, en quien no había podido dejar de pensar.

Aquel año, Roth había hecho muchos cambios en su vida. Cambios profesionales y personales.

Y ahora iba a buscarla.

Pero ¿cuál sería su reacción? ¿Lo rechazaría? Esperaba que no fuera así porque su vida no estaría completa sin ella.

Podría ser feliz con Hannah a su lado, completamente feliz. Con ella podía dejar de ser frío y calculador. Con Hannah, su alma gemela, podía ser humano otra vez.

Pero había tardado nueve meses en darse cuenta. En el tiempo que se tarda en gestar y dar a luz a un niño, esa verdad había crecido dentro de él. Y ahora sabía que no sería un ser humano completo sin Hannah Hudson.

Roth aparcó el coche en la puerta y se pasó una mano por el pelo, nervioso. No había estado tan nervioso en toda su vida. Nunca.

-Porque estás enamorado, idiota.

Un minuto después subía los escalones del porche, con el corazón a mil por hora.

-¡Missy, veo que sigues por aquí! ¿Cómo te encuentras, chica?

La perrilla lo reconoció enseguida y empezó a ladrar alegremente.

-¿Quién es...? ¡Ross Johnson, qué sorpresa! -exclamó Joan, saliendo de la cocina.

-¿Cómo estás, Joan?

-Muy bien. ¿Y tú?

-Estupendamente -contestó él.

-Entra, por favor. Tengo muchas cosas que contarte...

-Ya sé que todo os va bien, que los impuestos están pagados, que tienes muchos clientes... Desde luego, Hannah es una joya.

-Sí, lo era, es verdad -sonrió la anciana.

-¿Lo era?

-Ya no está aquí.

-¿Hannah no está aquí?

-No, se marchó hace unos meses. Una mujer tan inteligente como ella tiene que hacer lo que le dice el corazón.

¿El corazón? ¿Se habría casado con el comisario?

-¿Dónde está? ¿Se ha casado?

-¿Quién?

-Hannah.

-No, no, qué va.

-¿Entonces?

-Está en Tulsa, trabajando en una empresa de ésas de... de algo de Hacienda.

-Tengo que verla, Joan -dijo Roth entonces.

-¿Por qué quieres verla ahora, después de tanto tiempo?

-Es algo... personal.

-Ah, ya veo.

-En fin, si me dices el nombre de la empresa, la llamaré...

-Es que no sé el nombre de la empresa -sonrió Joan con su rostro angelical.

-Pero me imagino que tendrá un número de teléfono.

-Sí, pero no está en la guía.

-¿No?

-Ven a la cocina, hijo. Tenemos que hablar. Y después, es posible que te dé el teléfono de Hannah.

Que una anciana tan encantadora como Joan Peterson lo chantajeara era increíble. Pero eso era: un chantaje. Roth había tenido que quedarse a dormir en el hotel porque, según ella, era mejor que viese a Hannah por la mañana, cuando estuviera «más fresco».

Y allí estaba, en su antigua habitación, echando humo por las orejas.

-Hannah, ¿dónde estás? -murmuró para sí mismo, desesperado.

Entonces alguien empezó a golpear la puerta. Y parecía impaciente.

-¿Sí?

-Me da igual que estés decente o no lo estés, voy a entrar.

Roth conocería esa voz en cualquier parte. Y su corazón también, porque empezó a latir como si acabara de correr un maratón.

-¡Hannah!

Estaba más guapa que nunca. Preciosa. Y sus ojos... eran los ojos

más brillantes que había visto en toda su vida.

-¿No vas a decir nada más? -le espetó ella.

-No, tengo muchas cosas que decirte...

-Seguro que sí. Pero yo a ti también. ¿Cómo te atreves a volver aquí y amenazar con comprar la finca para buscar petróleo?

-¿Eh?

-No voy a permitirlo. ¡Por encima de mi cadáver!

-¿Qué?

-No vas a sacar ni agua de aquí... -Hannah, ¿de qué estás hablando? -Joan me lo ha contado todo y... Roth le puso una mano en la boca.

-No he venido a buscar petróleo, he venido a buscarte a ti.

-¿Qué?

-Te he echado tanto de menos, Hannah.

Ella lo miró, atónita.

-¿Me has echado de menos?

-Cada día.

-Pero lo del petróleo...

-No es verdad.

-Pero Joan...

-No es verdad, sólo he venido a verte a ti. He venido a buscarte -dijo Roth.

-Pero... ¿por qué?

-¿No lo adivinas? Ponme la mano en el corazón.

Ella lo hizo. Tenía el corazón tan acelerado como el suyo. Si eso era posible.

-Roth...

-Hannah, ¿quieres casarte conmigo?

-Me lo pensaré.

-¿Qué? Te doy cinco segundos para decidirte -bromeó Roth.

-¿Ah, sí? ¿Y si no me decido, qué?

-Entonces te daré cinco más.

-Muy bien, veo que nos entendemos.

-¿Y cuál es la respuesta?

Hannah se echó en sus brazos.

-La respuesta es sí. Sí, sí y sí. Y ahora, bésame.

Roth obedeció de inmediato. Era asombroso lo fácil que era darle la vuelta a una vida, convertir a un hombre infeliz en el más feliz de la tierra. Sólo con un sí.

-Siento haber sido un cobarde.

-En el fondo, nos hiciste un favor. Yo recuperé la autoestima y Joan su hotel.

-Sabía que tendrías éxito, estaba seguro -murmuró Roth, acariciando su pelo como si fuera la primera vez.

-Gracias.

-Te quiero tanto...

-Y yo a ti. Te quiero tanto que no sé cómo voy a decírtelo...

Como no encontraban palabras, decidieron demostrárselo el uno al otro. Por fin, él y su querida Hannah podían olvidarse de los miedos y de las dudas. La vida no ofrecía garantías, sólo posibilidades.

Muchas posibilidades.